

Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental

M. Belén*

J. L. Escacena*

Con la colaboración de M.^a I. Bozzino*

ABSTRACT

The stratigraphy of recent Prehistory of numerous sites in Lower Andalusia permit reflection on their protohistorical ethnogenesis from the Bronze Age onwards.

These data reveal an absence of continuous settlement due to a general hiatus in the occupation of settlements between the middle and late Bronze Ages. This fact explains the absence of indigenous remains in the precolonial horizon relating to the Tartessians, whose demographic expansion reached a high point during the 9th and 8th centuries B.C.

The study of the settlements and necropoleis throughout the whole of the 1st millennium B.C. enables the evolution of Tartessian and Turdetan stages to be considered. In this sense, the hypothesis of an economic and demographic crisis that affected the communities of the Lower Guadalquivir at the end of the 6th century B.C. is considered and an attempt is made to explain the absence of necropoleis in the period before the orientaling period and once again in the Second Iron Age.

RESUMEN

La lectura crítica de una serie de estratigrafías de la Prehistoria reciente, obtenidas en numerosos puntos de la Baja Andalucía, permite hacer un conjunto de reflexiones sobre la etnogénesis de las comunidades protohistóricas que desde la Edad del Bronce habitaban en la zona. Esos datos revelan, entre otras cosas, la ausencia de continuidad poblacional, la existencia de un hiatus general en la ocupación de los poblados entre el Bronce Medio y el Final, la falta de raíces autóctonas del horizonte tartésico precolonial y la coetaneidad del auge demográfico constatable durante los siglos IX y VIII a.C.

A través del estudio de los poblados y de las necrópolis a lo largo de todo el I milenio a.C., se proponen unos comportamientos generales sobre su evolución en las etapas tartésica y turdetana. En este sentido, se plantean hipótesis de la crisis económica y demográfica que afectó a las comunidades del Bajo Guadalquivir a fines del s. VI a.C.; y se intenta una explicación de la ausencia de necrópolis que se rastrea, con cierta facilidad, tanto en la etapa previa al período orientaling como en la correspondiente a la segunda Edad del Hierro.

1. INTRODUCCION

Es tan amplia la información suministrada por los yacimientos protohistóricos de Andalucía Occidental, y a la vez tan parcial, que la elaboración de un trabajo de síntesis como el que aquí se pretende, conlleva la selección previa de los problemas que urgen actualmente a la investigación y de las fuentes encaminadas a resolverlos. En tal sentido, poner sobre la mesa unos aspectos y olvidar aparentemente otros es producto, en nuestro caso, de largas reflexiones propias y ajenas sobre cuáles sean las características esenciales que sirven para definir a las culturas antiguas y cuáles las menos indispensables. Sin esta aclaración podría verse en las líneas que siguen una selección arbitraria de la documentación y de los aspectos tratados, por lo que no resulta superfluo curarse en salud advirtiendo por dónde van nuestras preocupaciones y la de muchos otros colegas que trabajan en el mismo mundo. Con ello creemos corresponder al espíritu que ha presidido la convocatoria de esta reunión y a la intención de sus organizadores.

Sin menospreciar estudios parciales y relativos a los distintos objetos que componen la ergología de los diferentes grupos humanos y periodos cronológicos, siempre útiles a la hora de hacer valoraciones globales, nos pareció soslayar los problemas esenciales haber dedicado este trabajo a tratar una vez más aspectos monográficos como los relativos a la cerámica de los distintos periodos, a los marfiles orientalizantes, a la orfebrería, a la escultura en piedra, etc. Mucha es ya la tinta vertida en estos campos y poco el tiempo y el espacio aquí disponible para argumentar nada en contra.

Por el contrario, partiendo de la idea de que las comunidades humanas pueden definirse mejor a través de sus sistemas de adaptación ecológica y de sus creencias que mediante el análisis de los aspectos puramente tecnológicos, que en definitiva trascienden más cualquier tipo de frontera, nos ha parecido oportuno traer a colación problemas tan básicos, y aún sin resolver, como los relativos al origen de las comunidades que, a partir del Bronce Final, inauguran el poblamiento protohistórico en la zona, o los que aluden a la ausencia de enterramientos en algunos de los periodos abarcados. No se olvidan, en cualquier caso, unas reflexiones acerca de los vectores económicos que caracterizan a los diferentes hábitats.

2. INAUGURACION Y EVOLUCION DEL POBLAMIENTO

Durante los siglos IX y VIII a.C. se asiste en la Baja Andalucía a una eclosión demográfica que contrasta fuertemente con el vacío de población rastreable desde el último cuarto del II Milenio a.C. Las causas de este auge están aún por determinar, porque no son suficientes todavía las investigaciones relativas a la búsqueda de las raíces prehistóricas del mundo tartésico precolonial. Pero el hecho en sí es fácil de observar a través del estudio estratigráfico de muchos yacimientos

* Universidad de Sevilla.

protohistóricos del Guadalquivir inferior y de regiones periféricas. En estas áreas, los dos siglos arriba indicados conocieron la inauguración de muchos hábitats que se caracterizan, entre otras cosas, por su pertenencia a una misma comunidad cultural, por la ajustada sincronía de sus niveles fundacionales y por la elección de lugares especialmente estratégicos desde el punto de vista económico y defensivo.

En lo concerniente a la homogeneidad del Bronce Final tartésico, los mayores problemas que en la actualidad carecen de solución derivan, a nuestro entender, de la inexistencia de un período formativo que sirva como explicación aceptable de la posterior unidad. No es posible, con los datos que hoy se controlan, proponer unas raíces claramente autóctonas para este mundo, toda vez que los escasos datos proporcionados por el Bronce Pleno local revelan una gran disparidad de manifestaciones y, sobre todo, una discontinuidad poblacional entre ese horizonte y el del Bronce Atlántico preorientalizante, así como una evidente ruptura en elementos tan fundamentales como la forma de las viviendas, las manifestaciones metalúrgicas, las costumbres funerarias, etc.

Por lo que respecta a la contemporaneidad de los estratos fundacionales de los nuevos asentamientos, resulta aún problemática la fijación de las cronologías absolutas de este auge demográfico; pero en modo alguno pueden traerse a colación argumentos y datos irrefutables para la defensa de una excesiva amplitud temporal del fenómeno. Por el contrario, los niveles que documentan este alza pueden fecharse en su mayor parte en los siglos IX y VIII a.C., según hemos apuntado; porque algunos yacimientos en los que sus excavadores han querido ver ocupaciones del Bronce Final en siglos anteriores a los indicados, carecen realmente de bases sólidas que hablen en tal sentido (véase, por ejemplo, Martín de la Cruz, 1987a), o muestran niveles tan problemáticos como el representado por el estrato 13 de la Mesa de Setefilla (Aubert y otros, 1983), sobre el que más adelante tendremos ocasión de volver.

La elección como puntos de asentamiento de lugares elevados de fácil defensa, tuvo como razón de ser las posibilidades estratégicas que éstos ofrecían para unas comunidades humanas organizadas a nivel político y social todavía con criterios tribales prehistóricos. A estas causas se unieron en ocasiones motivos más vinculados a la pura capacidad de subsistencia de los distintos grupos locales, por lo que no es raro observar un intento de control de las principales vías de comunicaciones, tanto fluviales como terrestres. Ambos grupos de razones, las estratégico-defensivas y las económicas, motivaron que algunas comunidades del Bronce Final eligieran como sitios ideales para sus poblados los mismos lugares que antes habían ocupado los grupos de la plena Edad del Bronce e, incluso, del Calcolítico. Pero esta coincidencia no debe utilizarse como prueba de una continuidad de las correspondientes ocupaciones, porque tendremos ocasión de comprobar cómo en gran parte de los casos es relativamente fácil rastrear un claro *hiatus* entre los niveles del segundo milenio y los del primero.

El análisis exhaustivo de las estratigrafías conocidas hasta la fecha es fiel reflejo de esta interpretación, y

provoca necesariamente el rechazo de cuantas periodizaciones del mundo tartésico confeccionadas desde unas posiciones claramente autoctonistas, han aplicado sin más, a la Baja Andalucía, la clásica división tripartita del Bronce Atlántico del occidente europeo, especialmente del francés; porque han llegado a crearse así horizontes culturales en los siglos XI y X a.C. vacíos de contenido.

Análisis diacrónico de los hábitats

La ocupación de nuevos lugares en los siglos IX y VIII a.C. fue un fenómeno que afectó a un territorio mucho más amplio que el asignado tradicionalmente a Tartessos. De ahí que escapen obligatoriamente a nuestro análisis sitios tan ilustrativos para la comprensión del mismo como muchos de los yacimientos excavados en Andalucía oriental, en el Alto Guadalquivir e, incluso, en parte de la región levantina. Lo mismo ocurre con enclaves portugueses, mucho peor conocidos que los españoles. Pero no queremos olvidar en cambio la provincia de Córdoba, porque, aún siendo valle medio del Guadalquivir, sus amplias campiñas dibujan una geografía más acorde con el propio territorio tartésico que con sus regiones periféricas.

Muchos de los poblados que hoy nos sirven de base sobre la que construir la historia del I Milenio a.C. han sido datados, a nuestro entender, correctamente o han experimentado revisiones aceptables. Entre ellos pueden citarse Ategua (Blanco, 1983, 93 ss.), la Colina de los Quemados (Luzón y Ruiz Mata, 1973), Alhonor (López Palomo, 1981, 33 ss.; 1982, 156 ss.; 1983, 67 ss.), Montemolín (Chaves y de la Bandera, 1981, 375 ss.; 1984, 141 ss.; 1987, 369 ss.), Cerro Macareño (Pellicer y otros, 1983), Cerro de la Cabeza (Domínguez de la Concha y otros, 1988, 119 ss.), Carambolo (Carriazo, 1973 y 1978), Sevilla (Fernández-Chicharro, 1950, 63 ss; Collantes de Terán, 1977; Ventura, 1985, 41 ss.; Vera, 1987, 37 ss.; Campos, 1987, 173 ss.; Campos y otros, 1988), Asta Regia (Esteve, 1945, 1950, 1962 y 1969), Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1986a, 241 ss.; 1986b, 537 ss.; 1987, 299; 1988, 40 ss.), Acinipo (Aguayo y otros, 1987, 294 ss.), Chinflón (Pellicer y Hurtado, 1980; Blanco y Rothemberg, 1981, 38 ss.), Tejada (Blanco y Rothemberg, 1981, 229 ss.; Fernández Jurado, 1985 y 1987b, 338 ss.), San Bartolomé de Almonte (Fernández Jurado y Ruiz Mata, 1985, 23 ss.; Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986) y Huelva (Blázquez y otros, 1970; Belén y otros, 1977; Blázquez y otros, 1979; Ruiz Mata y otros, 1981, 149 ss.). Pero conviene que algunos otros, más problemáticos por las fechas y por los materiales en ellos obtenidos, sean tratados aquí con cierto detenimiento; porque a partir de aquéllos y de la revisión de estos otros pueden deducirse una serie de comportamientos generales que arrojan luz sobre el problemático asunto de la formación del Bronce Final bajoandaluz.

Desde las regiones más septentrionales hasta las situadas más al sur, los enclaves pertenecientes a este segundo grupo corresponden a:

Montoro

La ocupación del Llanete de los Moros, en Montoro (Córdoba), tiene como primeros protagonistas a grupos humanos relacionados con el horizonte meseteño de Cogotas I (Martín de la Cruz, 1987b, 313), aunque existen evidencias que sugieren un asentamiento anterior (Martín de la Cruz, 1987a, 171). En cualquier caso, ni uno ni otro fueron, a nuestro entender, el germen de la población del Bronce Final. Esta tiene su punto originario en el estrato III A del corte R-1 (Martín de la Cruz, 1987a, 56 ss.). Entre este nivel y los restos de ocupaciones anteriores no existen al parecer tierras estériles, pero sí puede adivinarse un *hiatus* poblacional significativo. Este vacío es realmente difícil de observar, porque la situación en altura del asentamiento impidió la deposición de un nivel virgen entre ambas ocupaciones y originó áreas de contacto y mezcla de materiales de épocas distintas, según puede observarse en el estrato II (Martín de la Cruz, 1987a 53 ss.). El propio excavador vio ya este corte en la ocupación del yacimiento, por lo que propuso un vacío de un siglo entre los niveles del Bronce Tardío y del Bronce Final (Martín de la Cruz, 1987a, 207). Pero diversas razones aconsejan ampliar mucho más su duración.

Por una parte, no es conveniente dar excesivo crédito a las fechas radiocarbónicas de la estratigrafía en su conjunto. Estas proponen inversiones cronológicas inaceptables, porque ofrecen dataciones más recientes para estratos más profundos que otros con fechas más altas (Martín de la Cruz, 1987a, 174-175). El mismo autor hace caso omiso de estos datos cuando realiza una síntesis diacrónica del cabezo (Martín de la Cruz, 1987a, 207), pero se deja influir sin duda por unas cifras que, de haberse barajado únicamente la tipología de los materiales como índice temporal, en ningún caso se hubieran propuesto. Así, el lote de objetos exhumados en los estratos III A y III B tiene sus paralelos más claros en niveles del s. VIII a.C. del Cerro de la Cabeza de Santiponce (Domínguez de la Concha y otros, 1988, 156-157), en los estratos tartésicos de Carmona, de parecida fecha (Carriazo y Raddatz, 1960, 30 ss.; Pellicer y Amores, 1985, 77-78) y, más cerca aún de Montoro, en los niveles 17-14 de la Colina de los Quemados (Luzón y Ruiz Mata, 1973, 13-17).

Como no es posible, por otra parte, imaginar un *hiatus* entre el estrato III y el IV dadas las estrechas semejanzas de sus materiales, ni tampoco una gran diferencia cronológica entre ambos por las mismas razones, la presencia en el nivel IV A de cerámica a torno (Martín de la Cruz, 1987a, fragmentos 550, 588, 593, etc. Añádase a esto también la presencia de marfil y de pasta vítrea: 175) exige dataciones más tardías para el nivel III que las ofrecidas por Martín de la Cruz. Estas sitúan el estrato III B entre el 1000 y el 900 a.C., cifra que resulta muy problemática si se tiene presente que existen ya en esa misma capa fragmentos de cerámica a torno (Martín de la Cruz, 1987a, frags. 434 y 498. Al remontar tanto la cronología, el autor se ve obligado a explicar la presencia de estos elementos más recientes por accidentes durante la excavación: véase leyenda de la fig. 42).

En síntesis, en Montoro existiría una ocupación calcóltica que, tras un *hiatus*, continuaría con un hábitat del Bronce Medio (Corte R-6) y con niveles del Bronce Tardío. Tras estos últimos, de nuevo se produce otro *hiatus* que desvincula a este mundo del horizonte del Bronce Final propiamente dicho.

Setefilla

La estratigrafía del corte 3 de la Mesa de Setefilla ha sido objeto recientemente de una revisión crítica que queremos analizar con relativa profundidad (Martín de la Cruz, 1987a, 203-205).

La fase I inaugura el hábitat con los estratos XV y XIV (Aubet y otros, 1983, 51-69). La cronología proporcionada por el C-14 remonta esta primera ocupación al s. XVI a.C., fecha que ha suscitado reservas por las implicaciones que producen las evidentes relaciones de sus materiales con un mundo antiguo de Cogotas todavía casi inexistente en la Meseta (Aubet y otros, 1983, 48; Fernández-Posse, 1986, 482-484). Si bien El Berrueco de Medina Sidonia ofrece una datación más reciente para un contexto en parte similar (s. XIV para el estrato III) (Escacena y De Frutos, 1985, 19 y 31-36), no es aconsejable atreverse a rebajar las fechas de Setefilla trayendo a colación, como hace Martín de la Cruz, las dataciones de las cistas de las provincias de Huelva y Sevilla (Martín de la Cruz, 1987a, 204), porque estas sepulturas carecen de cronologías absolutas e incluso de respaldo estratigráfico que certifique las cifras propuestas por sus excavadores. Estos ofrecieron, a falta de mayor precisión, una cronología hipotética (Del Amo, 1975, 151 y 172; Fernández Gómez y otros, 1976, 380), por lo que no debe tomarse su propuesta como argumento sólido para rebatir análisis radiocarbónicos. No coincidimos tampoco con Martín de la Cruz cuando argumenta que la sepultura que llevaba la asociación de armas metálicas «estoque-puñal-alabarda» debió pertenecer a las gentes que produjeron el estrato XIII (Martín de la Cruz, 1987a, 204), porque el complejo cerámico de este estrato es por completo diferente al del enterramiento, que coincide en cambio con parte de los materiales de la fase I (Aubet y otros, 1983, figs. 19:30 y 21:37). La tumba perteneció sin duda al grupo humano de esta etapa inicial, por lo que el estrato XIII queda como reflejo de una problemática mucho más interesante y que no queremos soslayar en nuestra argumentación.

Así pues, si bien las razones para rebajar la cronología inicial de Setefilla propuestas por Martín de la Cruz no resultan muy convincentes, sí coincidimos con él en la duda que provocan las altas fechas radiocarbónicas. Pero nuestras dudas proceden más bien del hecho de que para un contexto parecido (el del citado estrato III del Berrueco gaditano) existen dataciones absolutas del s. XIV a.C., más acordes con las fechas admitidas en Andalucía oriental para el Bronce tardío de supuesto origen meseteño (Molina, 1978, 199-206). De no rebajar la antigüedad de Setefilla I, este yacimiento se convertiría en la excepción a todos los casos hoy conocidos en Andalucía occidental, lo que no deja de ser otra razón más, en este caso estadística, para levantar sospechas.

Ahora bien, en Setefilla existen varios pilares para dar credibilidad a las altas fechas absolutas proporcionadas allí por el C.14.

En primer lugar, los paralelos tipológicos de las armas de más personalidad de la tumba de la fase I no discrepan en cronología con estas dataciones, pues las semejanzas europeas más estrechas con el estoque se establecen con grupos de armas que en algún caso admiten estas fechas (Aubet y otros, 1983, 66; Aubet, 1981b, 143; Aubet y Serna, 1981, 238); y respecto a la alabarda, aunque su singular diseño impide la búsqueda de correspondencias exactas en el foco argárico, la disposición de sus nervios ha sugerido entronques con los tipos irlandeses del Bronce Antiguo (Aubet y otros, 1983, 67; Aubet, 1981b, 145-146; Aubet y Serna, 1981, 242).

Por otro lado, las vinculaciones posibles de Setefilla con el horizonte de Cogotas I deben establecerse a partir de elementos que no incluyen la decoración con técnica de Boquique, que en Setefilla no apareció en la fase I. Tal vez este dato sea suficiente para sospechar la existencia allí de una etapa formativa del mundo más antiguo de Cogotas que, como en la Meseta (Delibes y Fernández Manzano, 1981, 67; Fernández-Posse, 1982, 143), carecía aún de las técnicas decorativas que definen el Boquique clásico.

Tales argumentos nos impiden aceptar de momento las correcciones propuestas por Martín de la Cruz. Mientras no existan razones de mayor peso, no pueden refutarse las dataciones radiocarbónicas que, careciendo todavía de largas series susceptibles de barajar estadísticamente, empiezan a dar a conocer un panorama nuevo en el Bajo Guadalquivir. Esta actitud no niega la posibilidad de futuras matizaciones cronológicas, pero exige de momento más pruebas para aceptarlas.

Pero nuestras mayores discrepancias con la crítica de Martín de la Cruz se manifiestan en la valoración del problemático estrato XIII (Aubet y otros, 1983, 70-77; Martín de la Cruz, 1987a, 205). Partiendo de la idea de que en un asentamiento en altura, como es el caso de Setefilla, no pueden acumularse potentes estratos estériles que reflejen con claridad vacíos en la ocupación del lugar (en Setefilla no existe ningún terreno elevado por encima del propio *tell* que pueda proporcionar la tierra necesaria para este tipo de sedimentación), deben admitirse posibles contactos entre unos horizontes culturales y otros a través de estratos que muestren materiales en conexión pero de diferentes contextos y cronologías. Esta observación general sobre los procesos de decantación de los restos arqueológicos permite proponer un *hiatus* entre los estratos XIV y XIII. La misma existencia de un nivel de incendio entre ambas capas sugiere la posible destrucción violenta del poblado tras la fase I (Aubet y otros, 1983, 137), y el hecho de que en el estrato XIII existan testimonios cerámicos que presentan clara correspondencia tipológica con los de los niveles inferiores (Aubet y otros, 1983, fig. 23:47-48; cf. estos elementos con los de la fig. 15:1 y 5-9), puede ser interpretado como la irremediable mezcla producida por las gentes que reocuparon el lugar tras largos años de abandono sin la previa existencia de una acumulación de tierras arqueológicamente estériles.

Así pues, debe admitirse la posibilidad de que en el área excavada de Setefilla no exista una etapa de transición entre el Bronce Pleno y el Final, sino una repoblación del sitio a partir del s. IX a.C. que tiene fiel relejo en los materiales innovadores del estrato XIII (Aubet y otros, 1983, figs. 23: 49-50 y 24) y que se llevó a cabo sobre un cabezo por entonces deshabitado.

Esta visión no es diferente en exceso de la ofrecida en principio por los excavadores, toda vez que aquélla fue necesariamente ambigua e hipotética a causa del escaso grado de conocimiento del Bronce del Guadalquivir en su día. Pero discrepa de la de Martín de la Cruz al no aceptar que el estrato XIII sea una manifestación de un «horizonte pleno» del Bronce Final (Martín de la Cruz, 1987a, 205), porque esa supuesta plenitud es fruto de admitir para el mundo tartésico precolonial una división tripartita que carece de apoyo documental. Ruiz-Gálvez ha hecho ya severas advertencias sobre el peligro de trasplantar alegremente divisiones de la Prehistoria europea a la de la Península Ibérica sin un previo conocimiento exhaustivo de la evolución cultural de cada región (Ruiz-Gálvez, 1984b, 323).

La cronología del s. IX propuesta para el estrato XIII no puede deducirse más que a partir de la datación más ajustada que proporcionan las cerámicas a torno y otras influencias coloniales de los niveles orientalizantes. Estos nuevos elementos hacen aquí su aparición sólo a partir de finales del s. VIII o comienzos del VII a.C., con la presencia en concreto de una palmeta de inspiración fenicia pintada sobre un vaso a mano de estrato XI (Aubet y otros, 1983, fig. 32:155). Dado que ésta es la fecha *ante quem* más segura para las capas XII y XIII, y que éstas presentan unos materiales relativamente homogéneos con la salvedad antes apuntada para el estrato XIII, no cabe suponer para dicho estrato más antigüedad que la señalada.

De aceptarse esta revisión cronológica, Setefilla pasaría a manifestar una serie de ocupaciones humanas paralelas y semejantes, en parte, a las de la cercana Carmona, puntos ambos especialmente estratégicos para el control territorial del Bajo Guadalquivir. Esta situación de despoblamiento en los momentos inmediatamente anteriores al siglo IX es también una característica de muchos otros yacimientos, y tiene en Setefilla la salvedad de contar con una ocupación previa por comunidades del Bronce que, de momento, pueden interpretarse como la constatación más antigua de lo que se viene llamando, tal vez con cierta impropiedad, «Horizonte Cogotas I» en Andalucía (Martín de la Cruz y Montes Zugadi, 1986, 488-496; Amores y Rodríguez Hidalgo, 1983, 73-86).

Carmona

La estratigrafía de Raddatz y Carriazo en Carmona fue objeto de una inmediata revisión cronológica (Carriazo y Raddatz, 1960). Ésta se inició con las precisiones propuestas por Cuadrado y por Pellicer en el V Simposio de Prehistoria peninsular, y tuvo luego otras matizaciones por parte de Arribas y Arteaga y de Schubart (Cuadrado, 1969, 280-282; Pellicer, 1969,

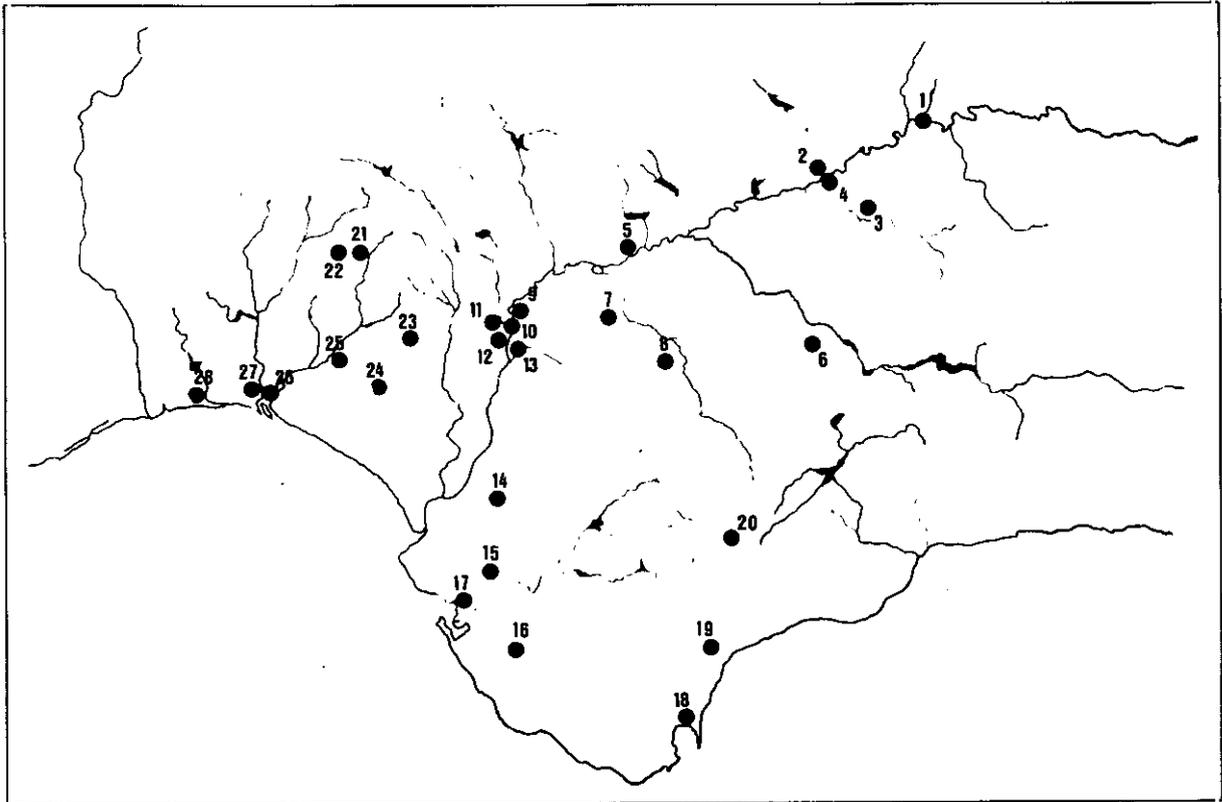


FIG. 1. Yacimientos protohistóricos de Andalucía Occidental. 1. Montoro. 2. El Higuérón. 3. Ategua. 4. Colina de los Quemados. 5. Setefilla. 6. Alhonor. 7. Carmona. 8. Montemolín. 9. Macareno. 10. Cerro de la Cabeza. 11. Itálica. 12. El Carambolo. 13. Sevilla. 14. Lebrija. 15. Asta Regia. 16. El Berrueco. 17. Castillo de Doña Blanca. 18. Carteia. 19. Lacipo. 20. Acinipo. 21. Riotinto. 22. Chinflón. 23. Tejada. 24. San Bartolomé de Almonte. 25. Niebla. 26. Huelva. Cabezo de S. Pedro. 27. Aljaraque. 28. La Tiñosa.

300; Arribas y Arteaga, 1975, 23; Schubart, 1971, 169). Una última revisión ha sido argumentada de nuevo por Pellicer (Pellicer, 1976-78, 11 ss.).

En conjunto, y por lo que afecta a los estratos iniciales, se remonta la cronología fundacional a finales del s. IX o comienzos del VIII a.C., datación que podría precisarse aún más gracias a las nuevas secuencias conocidas en Andalucía.

El estrato 5 en concreto, el de base, lleva exclusivamente cerámicas a mano, grupo del que destacan las decoradas al estilo Boquique (Carriazo y Raddatz, 1960, fig. 12). Un sondeo posterior (Pellicer y Amores, 1985, corte estratigráfico CA-80/A), practicado a sólo unos metros del que analizamos, ha mostrado cómo algunas cerámicas de Boquique presentan en parte un grado de erosión mucho mayor que el resto de los materiales que las acompañaban. De ahí puede deducirse que, cuando quedaron definitivamente sepultadas, llevaban muchos más años rodando que las restantes, por lo que es posible sospechar un *hiatus* entre la deposición de muchas de éstas —y tal vez también de las láminas de sílex denticuladas usadas como dientes de hoz— y la del resto de los materiales del estrato 5. En consecuencia, el nivel de base de este sector de Carmona correspondiente al Bronce Final puede ser datado en función de los pequeños vasitos bicónicos y, en todo caso, de la ausencia de decoraciones bruñidas (Carriazo y Raddatz, 1960, fig. 12:2, 3 y

5). Esta situación es similar, por lo demás, a la que presenta la fase II-a de Setefilla, de cronología problemática pero siempre anterior a las primeras influencias fenicias (Aubet y otros, 1983, 70-77).

El estrato 4 presenta todavía un contexto relativamente viejo, pues tal vez sólo al final de su formación roza los momentos coloniales, lo que se deduce de un fragmento a torno que corresponde al hombro de un ánfora con palmas pintadas (Carriazo y Raddatz, 1960, fig. 11:3), recipiente que se fecha hacia el 700 a.C. en el horizonte II del recinto de Tanit, en Salambó (Harden, 1937, 85-89 y fig. 4:1).

La secuencia obtenida por Pellicer y Amores en el sector que ya excavaron Raddatz y Carriazo confirma las cronologías aquí propuestas (Pellicer y Amores, 1985, 74). Es en el corte CA-80/A donde pudimos comprobar el mayor grado de rodamiento de alguno de los fragmentos decorados mediante la técnica de Boquique, y donde se descubrió una estructura siliforme que certifica ocupaciones anteriores al Bronce final, en este caso de época eneolítica (Pellicer y Amores, 1985, 68 ss. y figs. 6, 11 y 13), circunstancia que se repite en la zona conocida como el Barranquillo (Amores y Rodríguez Hidalgo, 1983, 76).

En el corte CA-80/B, situado en la zona de El Picacho, uno de los puntos más altos de la ciudad de Carmona, la instalación humana se inicia con materiales campaniformes que evidencian también aquí

una primera ocupación calcolítica (Pellicer y Amores, 1985, fig. 44:7, 8 y 10). La documentación procedente del estrato inferior, el 13, no puede corresponder a fines del II Milenio como quieren los autores (Pellicer y Amores, 1985, 114), a no ser que se comulgue con unas largas pervivencias del mundo campaniforme, fenómeno que, a raíz de los recientes hallazgos del Bronce Pleno producidos en Andalucía occidental, es necesario descartar (Serna y otros, 1984, 1051 ss.). Existe, pues, un *hiatus* entre este asentamiento inicial y el primero del Bronce, que se reanuda en los niveles 12 y 11 con materiales que presentan paralelos en estratos del Berrueco de Medina Sidonia del s. XIV a.C. (Pellicer y Amores, 1985, figs. 44:13 y 45:10; Escacena y Frutos, 1985, figs. 22 y 23:143). No creemos probable una cronología en torno al año 1000, como proponen Pellicer y Amores (1985, 103, fig. 42), porque la documentación aparecida en esas capas no presenta paralelos con esa fecha en ningún yacimiento andaluz bien datado. Sí corresponden, en cambio, al Bronce Final los niveles 10-6, que llevan exclusivamente cerámica a mano, a pesar de que algunos de ellos pertenecen a fines del s. VIII a.C. (Pellicer y Amores, 1985, 46-50). En consecuencia, también aquí, en El Picacho, debe admitirse un *hiatus* entre el horizonte de la cerámica de Boquique y el del Bronce Final propiamente dicho. Esta segunda etapa debe iniciarse en Carmona en algún momento impreciso del s. IX a.C.

Excavaciones más recientes que las ya analizadas han demostrado, gracias al hallazgo de cerámica de Boquique en zonas utilizadas como necrópolis a partir de época protohistórica (Belén y otros, 1987, 540-542), la amplitud de la ocupación del lugar durante la fase del Bronce relacionable con el horizonte de Cogotas I (Amores y Rodríguez Hidalgo, 1983, 78). Igualmente, a raíz del sondeo practicado en 1980 en la Puerta de Sevilla (Amores y Rodríguez Hidalgo, 1983, 774-76); Jiménez, 1989, 167), parece necesario admitir la presencia de Boquique asociado a cerámica excisa también en momentos del Bronce Final propiamente dicho (Amores-Rodríguez Hidalgo, 1983, 74-76).

Lebrija

Un sondeo estratigráfico en el mismo casco urbano de Lebrija ha proporcionado recientemente sólidas bases para apoyar un *hiatus* poblacional entre el momento de apogeo de las cerámicas de Boquique y el Bronce Final (Caro y otros, 1986). La ocupación de las laderas del promontorio sobre el que se situó el castillo medieval, comenzó probablemente hacia el V Milenio a.C., si no antes, y continuó durante gran parte del Neolítico para verse interrumpida durante la fase eneolítica, en que este sector se destinó probablemente a necrópolis. La existencia de zonas más altas en el propio cabezo permitió la acumulación de un potente estrato de arenas estériles tras el Calcolítico campaniforme, capa que marca en consecuencia un vacío de población entre éste y el nivel con Boquique, el siguiente estrato producido por acción antrópica. El fenómeno vuelve a repetirse, aunque con menor intensidad, entre ese Bronce y el correspondiente al

mundo tartésico precolonial, de manera que queda patente, a través de una capa estéril entre ambos momentos, la inexistencia de continuidad entre los dos horizontes.

Pero, a pesar de su relativa claridad, esta estratigrafía de Lebrija no es fácil de correlacionar con la obtenida por A. Tejera en la zona denominada «Huerto Pimentel», otro de los sectores del *tell* que ocupa la periferia del castillo, sobre todo por la falta de personalidad de muchos de los materiales encontrados en ésta (Tejera, 1985, 88-116). En cualquier caso, parece que el *hiatus* existente entre el bronce Tardío y el Bronce Final puede corresponder a la capa de arenas estériles que divide el estrato V del IV (Tejera, 1985, 94). Por encima de esta separación el estrato IV lleva cerámicas bruñidas del Bronce Final y un peine de marfil que puede ser fechado en el s. VIII, porque su decoración desarrolla motivos estrechamente emparentados con los geometrismos pintados de la cerámica de Carambolo (Tejera, 1985, fig. 11; Carriazo, 1978, 99). Por debajo de esta película estéril, en cambio, el estrato V contiene cuencos con el borde entrante que presentan sus paralelos más próximos en el estrato III del Berrueco de Medina Sidonia, que se fecha en el s. XIV a.C. por C-14 (Tejera, 1985, fig. 12:25, 33 y 36; Escacena y De Frutos, 1985, fig. 22); contexto coherente con la aparición de un borde con decoración puntillada (Tejera, 1985, fig. 12:59). El estrato VI es evidentemente anterior al V, por lo que supone la existencia aquí en Lebrija de niveles ligeramente anteriores al apogeo del Bronce Tardío, circunstancia que tiene su correspondencia en Setefilla y en Montoro, según hemos visto.

A partir del Bronce Final no existe discontinuidad en la ocupación del lugar en relación con la fase orientalizante.

El Berrueco

El Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz) presenta una estratigrafía que abarca gran parte del II Milenio a.C. (Escacena y De Frutos, 1985, 16).

La continuidad tipológica de los materiales característicos de cada uno de los estratos impide apreciar con nitidez vacíos en la ocupación del yacimiento. A pesar de todo, y de que la existencia de *hiatus* no fue reconocida en la memoria de excavación de los cortes practicados en 1982, hoy estaríamos en condiciones de modificar en parte las conclusiones cronológicas propuestas en aquel primer informe.

El problema se plantea sobre todo en los estratos III, IV y V. Para el primero de ellos existe una fecha radiocarbónica de 1360 ± 80 a.C. (Escacena y De Frutos, 1985, 19), que no discordaría en gran medida con lo que en Andalucía oriental se viene llamando Bronce Tardío (Molina, 1978, 201-206), y que estaría corroborada en El Berrueco por la existencia de un fragmento decorado con un motivo inciso relleno de puntos tradicionalmente explicado para estos momentos por conexiones con el mundo de Cogotas I (Escacena y De Frutos, 1985, 34-35 y fig. 23:145). El conjunto de materiales de este nivel tiene clara continuidad en la documentación cerámica del estrato IV, por lo que esta última capa debería llevarse a más

alta cronología que la propuesta en principio, de manera que fuera posible homologarla culturalmente con el contexto del estrato IV.

Esta propuesta de revisión implica la existencia de un *hiatus* entre los estratos IV y V, porque no es posible, con la documentación rescatada hasta el presente en El Berrueco, remontar la fecha de este último nivel a dataciones anteriores al s. IX a.C.

Admitiendo este *hiatus*, que iría básicamente desde el s. XII al IX a.C., se comprenden mejor ciertas modificaciones que se llevaron a cabo en El Berrueco al repoblarse durante el Bronce Final. Éstas afectaron a la estratigrafía ya existente mediante una nivelación del terreno para la construcción de un pavimento de cal (Escacena y De Frutos, 1985, 16), fruto de la cual fue la compleja posición estratigráfica de algunos materiales eneolíticos, que han merecido por ello atención aparte (Escacena y Lazarich, en prensa).

Del análisis exhaustivo de las estratigrafías bajoandaluzas se deduce, en primer lugar, la ausencia de una continuidad poblacional durante la Prehistoria reciente en lo que llegaría a constituirse como territorio tartésico. No estamos hoy capacitados metodológicamente para apreciar breves diferencias cronológicas en la inauguración de los hábitats de Andalucía occidental correspondientes a finales de la Edad del Bronce. Pero sí es posible, en cambio, separar lo que corresponde culturalmente a esa fase de la documentación característica de épocas anteriores. Esta situación permite sostener la irrupción de un nuevo horizonte, que poco tiene que ver con los que lo precedieron en la misma región, a partir de comienzo del I Milenio a.C. En cambio, impide saber de momento a qué factores atribuir la responsabilidad del fuerte auge demográfico detectado. Si bien es cierto que esta recuperación poblacional coincide básicamente con el inicio de la presencia fenicia en la costa, la documentación controlada hasta la fecha y los sistemas de datación aplicados en la lectura del registro arqueológico, son lo suficientemente imprecisos como para no poder establecer una clara relación causal entre uno y otro fenómeno. El problema se agrava cuando se observa cómo la mayor parte de las investigaciones de campo siguen sin preocuparse por la recopilación de datos relativos a la economía de estos grupos humanos, de manera que carecen aún de base documental los factores económicos que funcionaron como pilares de la expansión demográfica. Queda sin respuesta de momento el papel desempeñado, por ejemplo, por la introducción del olivo o de la gallina, elementos cuya valoración en el sistema productivo arrojaría luz en el asunto. Lo mismo ocurre con lo relativo a la metalurgia, porque todavía no se han detallado con exactitud las características de este sector, de manera que pueda separarse con nitidez el sustrato indígena del aporte tecnológico fenicio, a no ser en lo que concierne a la introducción del hierro.

En cualquier caso, es difícil de explicar la inauguración de tantos hábitats a expensas únicamente de la población precedente. Más aún cuando, al atender a la información suministrada por los distintos yacimientos excavados hasta la fecha, se observa la casi

inexistencia de un poblamiento del Bronce final anterior al s. IX a.C.

Si se admite la revisión cronológica de las estratigrafías que hemos propuesto, y si es posible establecer matizaciones en los materiales arqueológicos que permitan diferenciar los conjuntos del s. VIII de los del IX a.C., habría que sostener la existencia de unos enclaves que, a modo de avanzadillas, inician a final de la Edad de Bronce la ocupación de un territorio casi despoblado. Estos primeros asentamientos del s. IX a.C. tendrían como representantes principales a la Colina de los Quemados, a Setefilla, a Carmona, a Huelva, a Lebrija, a Asta Regia y al Berrueco de Medina Sidonia. Parece existir una atención primaria a sitios especialmente estratégicos o a enclaves privilegiados desde el punto de vista económico. Y, en conjunto, contando con los yacimientos que conocen una primera ocupación ligeramente posterior, no sería imposible sostener una progresión del poblamiento que muestre una tendencia Norte-Sur y Oeste-Este. Este avance podría ser el responsable de la reintroducción durante el Bronce Final en el Bajo Guadalquivir de elementos septentrionales como el Boquique y la excisión, presentes por ejemplo ahora en Carmona (sector de la Puerta de Sevilla) y Montemolín; elementos que ya habían hecho acto de presencia en la región en épocas muy anteriores (Pellicer, 1987-1988, 468-469 y fig. 8). A pesar de que dicho fenómeno explicaría asimismo el Boquique detectado en el Bronce Final de *Acinipo*, resulta problemático comprender las razones por las que, a excepción de Montemolín, no existe Boquique en aquellos enclaves que se ocupan por primera vez en el Bronce Final, y que la presencia de aquél en ese horizonte sólo se produzca cuando existen estratos infrapuestos correspondientes al Bronce Tardío. Estas condiciones podrían conducir a otra hipótesis para explicar el Boquique del Bronce Final: la contaminación estratigráfica. Con lo que habría que considerar Tardío más que Final el poco definido Bronce inicial de Montemolín, e introducir un *hiatus* entre ambos horizontes. En cualquier caso, todavía no existen pruebas concluyentes para decantarse por una sola de las dos soluciones propuestas.

Pero fueran o no éstas las circunstancias que presidieron la repoblación del Bajo Guadalquivir y de sus regiones limítrofes, lo cierto es que el fenómeno cuajó con la suficiente fuerza como para mantenerse sin crisis aparentes al menos hasta fines del s. VI a.C. (Escacena, 1987a, 293-294; Fernández Jurado, 1987a, 316; Ruiz Mata, 1987, 302 y 313). Durante trescientos o cuatrocientos años, las aldeas que habían conocido su fundación a finales de la Edad del Bronce experimentaron avances sustanciales en su tamaño y en su estructura interna. Hasta el punto de que muchas de ellas llegarían a convertirse en auténticas ciudades.

A lo largo de toda la fase contemporánea a la colonización fenicia, estos enclaves conocieron en lo que concierne a su economía un auge que tiene como base la potenciación de sectores concretos. Así, los polos económicos tienden a producir una especialización de los poblados según el sitio de su ubicación: Riotinto en la explotación minera (Blanco y Rothemberg, 1981, 170-172; Fernández Jurado y Ruiz Mata,

1985, 41-42; Fernández Jurado, 1986, 149-170), Huelva en la comercialización de los productos metalúrgicos (Fernández Jurado, 1986, 168 y fig. 5), los núcleos del Valle del Guadalquivir en las actividades agropecuarias (Escacena, 1987a, 297), etc. La posición junto al río de muchas de estas poblaciones es el único factor que permitió, de alguna forma, la diversificación de estos pilares; de manera que es fácil sospechar, para el Macareno, para el Cerro de la Cabeza de Santiponce, para Sevilla, para Lebrija y para Asta Regia por ejemplo, la explotación del Guadalquivir y de los esteros de su desembocadura como fuente de pesca y como fácil vía de comunicaciones. El registro faunístico proporcionado por la arqueología apoya esta hipótesis, y confirma además que pudo ser la ramificación de sus correspondientes economías la circunstancia que permitió minimizar en estos puntos la profunda crisis que el territorio tartésico soportó a fines del s. VI a.C.

La continuidad manifiesta de los hábitats conocidos se prolonga durante toda la fase orientalizante. En cambio, hacia el 500 a.C. van a quebrarse las circunstancias que permitieron la estabilidad, de forma que los distintos poblados experimentan transformaciones que afectan sobre todo a su nivel de población. Esta crisis se inicia ya a finales del s. VI y se materializa unas veces en la desaparición total de muchos hábitats, y otras en la reducción de sus perímetros. Baste recordar, por ejemplo, Setefilla para el primer caso y Ategua para el segundo (Aubet y otros, 1983; Blanco, 1983).

No obstante, el período crítico y las causas que lo motivaron, aun siendo generales al territorio tartésico, tuvieron consecuencias distintas según las diferentes comarcas. Porque la potenciación de determinados polos económicos por parte de ciertas comunidades y su consiguiente alto nivel de especialización resultaron demasiado peligrosos a la hora de resolver problemas que afectaron profundamente tanto a las actividades metalúrgicas como a las agropecuarias.

Por lo que al sector minero-metalúrgico se refiere, se observa cómo las circunstancias negativas, derivadas en este caso al parecer de problemas tecnológicos irresolubles, motivaron el abandono de importantes poblados consagrados con exclusividad a la explotación de la plata y del cobre en los focos de Riotinto y Aznalcóllar: San Bartolomé, Tejada, Cerro Salomón-Quebrantahuesos, etc. (Fernández Jurado, 1987a, 316-318).

En cuanto a las actividades agropecuarias, el hecho de que muchos enclaves situados en zona de campiña experimenten también un acusado retroceso, o incluso un total abandono, sugiere que esta etapa crítica tuvo como causas factores relacionados posiblemente con descensos generales de los niveles de producción (Escacena, 1987a, 293-294 y 297).

En cualquier caso, fueran así o no las circunstancias por las que atravesaron estas poblaciones, lo cierto es que se producen vacíos de ocupación que han quedado reflejados en *hiatus* estratigráficos como el de Ategua, el de Alhonor, el de Montemolín, el de Carmona, el de Setefilla, etc. (Escacena, 1987a, fig. 3).

Tal vez la ya mencionada diversificación de los polos económicos permitida por el Guadalquivir, fue la causa de una relativa facilidad a la hora de solven-

tar la crisis por parte de las poblaciones que se asentaron junto a su cauce. Esto explicaría la continuidad de los depósitos estratigráficos del Macareno, de Sevilla y de Lebrija, ciudades que dispusieron del comercio y de la pesca fluvial como pilares para superar la etapa crítica.

Tras la muerte del mundo tartésico, los poblados que se mantienen con vida conocen un período general de decadencia que no va a ser salvado prácticamente hasta la Romanización. En ningún caso el s. V a.C., límite teórico entre el Hierro Antiguo y el Reciente, conoció la fundación de nuevos enclaves por motivos de expansión económica (Escacena, 1989). Porque en la repoblación de Aljaraque (Blázquez y otros, 1971, 304-331), en la inauguración de La Tiñosa (Belén y Fernández Miranda, 1978) y en la fundación de Carteia (Woods y otros, 1967; Presedo y otros, 1982), puntos todos que acuden al mar como fuente principal de recursos, hay que ver más bien una obligada búsqueda de bases económicas estables. Y en el caso de Itálica, su creación por comunidades turdetanas prerromanas obedece a causas muy locales, en concreto al traslado de población desde el vecino Cerro de la Cabeza a causa de las fluctuaciones del cauce del Guadalquivir y del de sus afluentes (Dominguez de la Concha y otros, 1988, 186). En este contexto quedaría sin explicación el inicio del poblado de El Higuerón (Forkea y Bernier, 1970, 60 ss.), aunque siempre cabe pensar en una vinculación del mundo cordobés a los problemas relativos al control en el Guadalquivir Medio y Superior de las rutas que conducían hacia el foco minero de Cástulo. Y aún resulta más problemático dar respuesta a los motivos que condujeron a la fundación por parte de comunidades ibéricas de Andalucía oriental y del sureste de poblaciones con nombres acabados mediante el sufijo *-ili* (Untermann, 1985, 14-15), que se inician hacia finales del s. III o comienzos del II a.C. sobre puntos despoblados, hubieran o no tenido una ocupación protohistórica o anterior. Problema aparte dentro de este panorama plantea el poblado excavado por M. del Amo en El Castañulo (Aracena, Huelva) (1978, 299 ss.). Tanto las fuentes escritas antiguas (Plinio 3,13) (García Iglesias, 1971, 86 ss.) como la toponimia protohistórica de la Baja Andalucía (Untermann, 1985, 13-15), demuestran la penetración en el territorio turdetano de grupos célticos vinculados a tradiciones en parte distintas a las aquí abordadas. Ese componente está por valorar aún en el área estudiada, y ha sido soslayado en nuestro trabajo porque es imposible, hoy por hoy, dar una visión de conjunto coherente y comprensiva. Su estudio necesita más intensidad en la investigación, por lo que ahora sólo queda planteado aquí para futuros trabajos.

Desde finales de la Edad del Bronce hasta la Romanización, los poblados de Andalucía occidental experimentan además una serie de transformaciones que afectan, sobre todo, a su estructura urbana. A pesar de que las fuertes acumulaciones estratigráficas sedimentadas históricamente en muchos de estos hábitats han impedido el conocimiento en extensión del carácter del urbanismo en su momento fundacional, sabemos al menos que las viviendas consistían en sencillas cabañas de tendencia circular u oblonga. Así

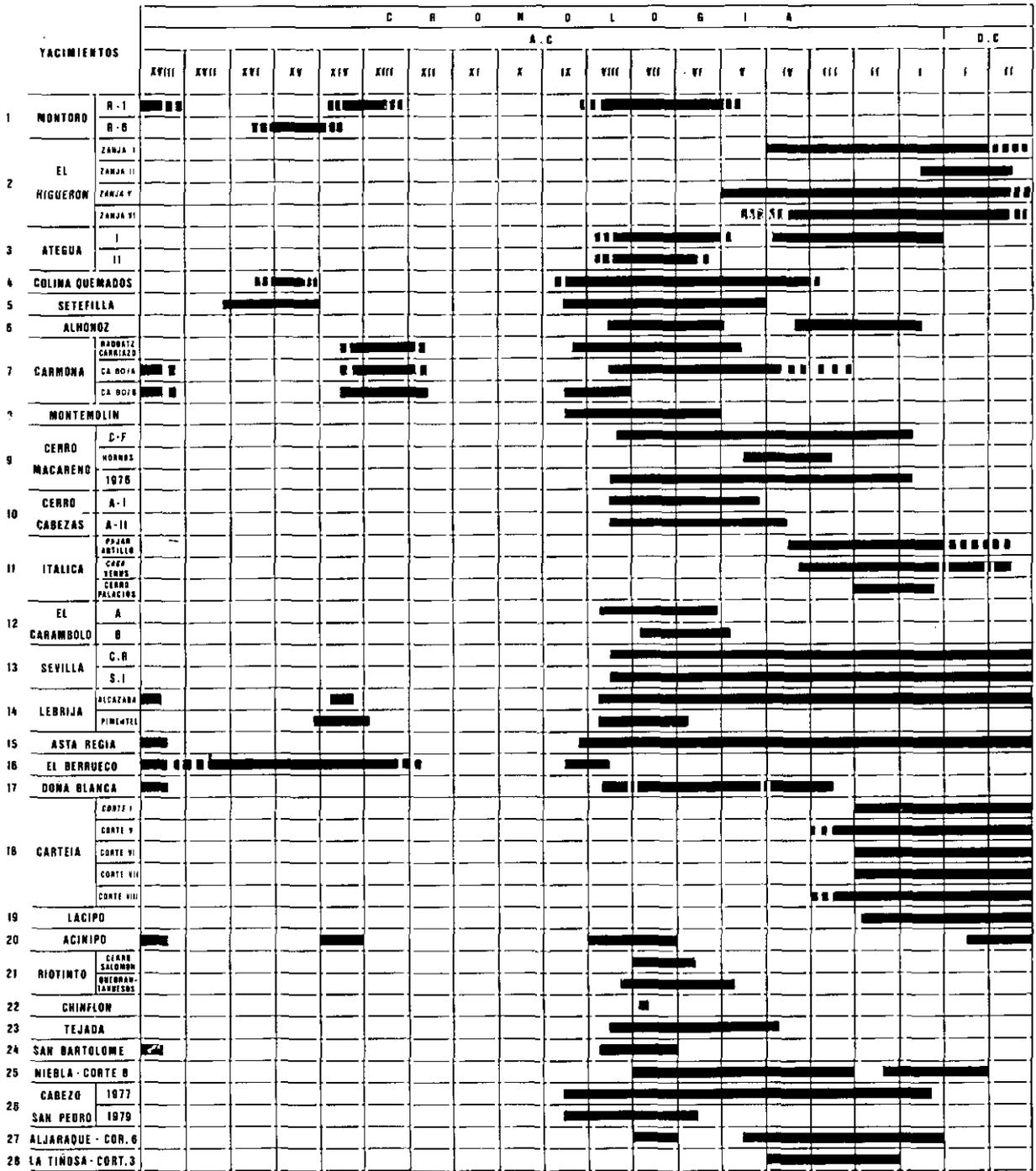


Fig. 2. Cuadro comparativo de las estratigrafías protohistórica de Andalucía Occidental.

es la del Carambolo Alto (Carriazo, 1973, fig. 128), la de Montemolín (Chaves y de la Bandera, 1987, 373-375 y fig. 9), la de la Colina de Los Quemados (Luzón y Ruiz Mata, 1973, 16 y fig. 8), las de *Acinipo* (Aguayo y otros, 1987, 295-299, fig. 1 y láms. III y IV), etc. En algunos casos, como ocurre precisamente en el último punto citado, delante de la puerta se construyó un enlosado a modo de pequeña acera. Este tipo de vivienda, construida con zócalos de piedra o adobe y techumbre vegetal, carecía de divisiones en su interior, y sólo se ha localizado un banco

en la de Montemolín que se adosó a la cara interna del muro (Chaves y de la Bandera, 1987, 373 y fig. 9). En *Acinipo* se encontraron hogares dentro de estas casas (Aguayo y otros, 1987, lám. IV); pero de los datos generales obtenidos en muchas de ellas puede deducirse que la sencillez de sus estructuras y la ausencia de áreas individualizadas en su interior que pudieran tener usos diferentes, sugeriría una vida diaria llevada a cabo básicamente al aire libre. En cualquier caso, lo que de momento parece evidente es el fuerte contraste registrado entre la planta de estas

viviendas y las de las pocas conocidas del Bronce Pleno en la misma región, que presentan muros rectos como en el vecino mundo argárico (Aubet y otros, 1983, 45-46 y fig. 13; Escacena y De Frutos, 1985, 17-18 y figs. 5-8; sólo en Lebrija conviven muros rectos con otros de tendencia curva: Tejera, 1985, 94). Este fenómeno debe ser considerado un indicio más de discontinuidad entre el Bronce local y el del horizonte tartésico precolonial.

La evolución de la vivienda circular a la rectangular o cuadrada, que se va a imponer poco a poco a partir de la fase orientalizante, es un fenómeno aún poco estudiado y resulta todavía difícil de comprender con los datos actuales, porque desde el punto de vista antropológico cabría pensar en que esta transformación no estuvo basada sólo en la imitación de la estructura rectilínea, sino que afectó también a la distribución interior del espacio y, en última instancia, tal vez a las costumbres diarias del grupo humano que usó estas casas. Hoy por hoy pueden observarse distintos procesos de aculturación en este campo. En *Acinipo*, por ejemplo, la vivienda de muros curvos se convierte en cabaña rectangular sin afectar al parecer, en principio, ni a su tamaño ni a su disposición interna (Aguayo y otros, 1987, 300-301 y fig. 1). En Montemolín, en cambio, se sustituye un edificio oval por otro rectangular, que tiene a su vez una distribución espacial claramente diferente de la anterior y fácilmente relacionable con casas orientales del mundo siropalestino (Chaves y de la Bandera, 1987, 372-375 y fig. 9). Si la estructura interna de las viviendas conlleva un uso determinado de cada uno de los habitáculos, y si la disposición de las estancias obedece a una organización económica determinada, no cabe sino admitir la posibilidad de que, si bien las cabañas de *Acinipo* reflejan una simple aculturación, el caso de Montemolín se explica con más facilidad admitiendo la existencia en el interior del territorio tartésico de colonos orientales que quedarían instalados en núcleos de población indígenas a partir de fines del s. VIII o comienzos del VII a.C.

Poco a poco, los distintos caminos conducirían al mismo resultado, es decir, a la generalización entre las comunidades autóctonas de la casa rectangular, que era más fácil de adosar a las viviendas vecinas, y que permitía por ello el desarrollo de un urbanismo más acorde con el tipo de ciudad que venían desarrollando las culturas mediterráneas de la edad del Hierro. De ahí que los Turdetanos asimilaran la vivienda de muros rectos para el resto de su historia, al menos en sus aspectos técnicos más elementales.

Típicamente oriental es por ejemplo el urbanismo de Tejada, donde un recinto amurallado alberga una ciudad con calles y plazas trazadas a cordel, y donde las viviendas se disponen en manzanas rectangulares (Fernández Jurado y García Sanz, 1989, 37-38). El estudio microespacial de la distribución de los objetos hallados en estas estancias demuestra que aquí sí existen espacios destinados a tareas específicas y diferentes entre sí (Fernández Jurado, 1987b, 342-343). Por otro lado, la misma presencia de una muralla que, de alguna forma, es la base a partir de la cual se organiza el entramado interior de las viviendas, habla de traslados masivos de población hacia el foco

minero de Riotinto para la extracción de metales. Y, a pesar de que muchas de las cerámicas halladas en Tejada pueden catalogarse como indígenas, son muchos también los factores que hablan a favor de considerar a este enclave una colonia oriental en el territorio tartésico: ausencia de niveles de hábitat precoloniales, estructura urbana, disposición de las viviendas, existencia de un artesanado minero-metalúrgico con alto índice de especialización, etc. (Fernández Jurado y García Sanz, 1989, 38).

Al hilo de la mención de la muralla de Tejada es conveniente aludir al menos a otras estructuras defensivas halladas en diversos enclaves de Andalucía occidental. Gran parte de estas fortificaciones carece todavía de fecha exacta, por lo que resulta problemático aún indagar en la causas que las originaron. Es posible que algunas de estas construcciones militares se levantaran ya en el Bronce Final precolonial. La de Tejada es, desde luego, de época orientalizante (Ibidem); pero en Setefilla apareció una torre maciza semicircular adosada a la muralla del Bronce Medio que podría corresponder al s. VIII a.C. (Aubet y otros, 1983, figs. 57-58). De esta misma fecha, o tal vez algo anterior, puede ser el bastión en talud hallado en el interior de la Puerta de Sevilla, en Carmona (Jiménez, 1989, 175 y 181-182). Registradas están sendas murallas en Montemolín y en la Mesa de Gandul, pero ambas permanecen inexploradas. Problema aparte representan las murallas de Niebla y de Doña Blanca, sobre todo por los estrechos paralelos orientales que para ambas pueden traerse a colación (Belén y otros, 1983, 976 y lám. III, 2; Ruiz Mata, 1988a, 43 y figs. págs. 39 inf.). En cualquier caso, todo este conjunto de obras se vincula a un mundo oriental u orientalizante, a excepción quizá del bastión de Carmona, que puede ser anterior, como hemos dicho.

No pueden olvidarse en este apartado las pocas construcciones de carácter «cielo» halladas en Andalucía occidental, sobre todo por los problemas recientes de cronología que estos recintos vienen planteando (Fortea y Bernier, 1970, 136-140). En los últimos años, muchas fortificaciones de este tipo del Alto Guadalquivir se vienen fechando en época ibérica a través de cerámicas pintadas recogidas en prospecciones superficiales (Ruiz y otros, 1987, 239-256). Pero excavaciones sistemáticas llevadas a cabo en las campañas jiennenses han mostrado el error metodológico de tales planteamientos, al advertir el uso de estas cerámicas en plena época romana (Arteaga, 1987, 286). En este sentido, la ausencia de un poblamiento en Setefilla durante el Hierro reciente plantea la duda sobre la cronología turdetana para los lienzos de grandes bloques que cierran el *tell* por su flanco meridional (Bonsor y Thouvenot, 1928, 6). El muelle fluvial de *Celti* (Peñaflor) (Fortea y Bernier, 1970, lám. XII, 3), construido tal vez para servir de puerto y de barrera protectora contra las avenidas del Guadalquivir, podría ser ya una construcción de época romana. Recientemente se ha propuesto una autoría bárquida para el complejo murario de la Puerta de Carmona que se atribuía a Roma (Jiménez, 1989, 182-184). Y de tiempos republicanos es también un enorme paramento de adobe localizado recientemente en Lebrija, cuyo carácter defensivo puede deducirse

sobre todo, y a falta aún de datos más precisos, de su ubicación en la zona que más tarde sería alcazaba y castillo medieval (Caro y otros, 1986).

Estos últimos datos invitan a pensar que las ciudades turdetanas, a pesar del carácter pacífico de sus moradores transmitido por las fuentes clásicas (Estr. III, 2, 15), no descuidaron sus defensas, hecho que certifica asimismo la existencia de una muralla en *Astapa*, no corroborada por la arqueología, pero sí por la documentación escrita (Liv. 28, 22).

3. LAS BASES ECONOMICAS

Suele citarse el texto de Estrabón en que describe las magníficas condiciones naturales de las tierras turdetanas para su explotación tanto en el terreno agropecuario como minero-metalúrgico (Estrabón III, 2, 4-8), para inferir que las bases económicas del mundo tartésico debieron ser idénticas (Ruiz Mata, 1989, 87). Sin embargo, como acabamos de ver, el registro arqueológico indica que la situación ha cambiado sensiblemente entre las dos etapas y que estos cambios seguramente están condicionados, al menos en parte, por motivos económicos (González Wagner, 1983b 29 ss.).

La cuestión de definir las actividades económicas en una y otra época no resulta fácil si se intenta abordar a partir de los datos suministrados por la investigación arqueológica, y no sólo en función de los que transmiten los escritos antiguos, con parecernos esta documentación muy valiosa. Pero de momento, los datos deducibles del registro arqueológico siguen escaseando o bien no se han considerado convenientemente e, incluso, los estudios que podrían pasar por síntesis generalizadoras trazan un panorama de las prácticas económicas de las poblaciones prerromanas del Bajo Guadalquivir con escasa o nula consideración hacia la documentación arqueológica (Blázquez, 1968, 243 ss. y 1989, 242 ss; Caro Baroja, 1976, I, 112; Pastor, 1983, 161 ss.).

Sin embargo, pocas veces hemos oído lamentar la escasa atención que se ha prestado en nuestra especialidad a estas cuestiones (Maluquer, 1968, 78). La crítica que J. Caro Baroja expresara hace más de veinte años con lenguaje no exento de dureza, sigue teniendo plena actualidad: «La Arqueología, que nos da expresiones terriblemente materiales de la vida de los hombres del pasado, debía de haber llegado a un gran refinamiento en su tarea de interpretación económica. Los materiales arqueológicos son casi siempre objetos con un significado económico, visible por encima de todos los demás significados» (Caro Baroja, 1968, 12).

No parece casual la inexistencia de estudios paleobotánicos en la zona que estudiamos y la forma en que se han enfocado las selecciones de muestras para análisis óseos que, en el mejor de los casos, ilustran sobre ciertos aspectos de los hábitos alimenticios de una población, pero no sobre otros muchos aspectos de la producción con los que están igualmente relacionados. En muchos casos ni siquiera permiten estudiar la forma en que han evolucionado esos hábitos dentro

de una misma comunidad, porque al hacer el estudio no se ha tenido en cuenta el contexto en que se hallaron dichos restos ni el periodo cronológico preciso al que pertenecen (Carriazo, 1973, 451 y ss.), y si se han tenido en cuenta, no se facilita información suficiente como para sacar conclusiones acerca de esa posible evolución.

Pero no acaban aquí las dificultades. Una correcta descripción de las actividades económicas de cualquier grupo humano debe establecer una diferenciación clara entre lo que son prácticas cuya finalidad es el autoabastecimiento del propio grupo, inscritas, por tanto, en un marco de economía doméstica cerrada (Pearson, 1976, 54) y aquellas otras encaminadas a conseguir excedentes para su intercambio a través de un comercio organizado; aun entendiendo que una y otra no tienen por qué ser excluyentes, la frontera entre ambas no queda bien delimitada en muchas ocasiones. Pongamos un ejemplo: una de las principales actividades de autoabastecimiento de un grupo humano es la alimentación; pero, ¿cómo distinguir, a través de una documentación arqueológica no concluyente, dónde termina esta necesidad y dónde empiezan las prácticas comerciales? El trigo que se halló en una casa del s. V a.C. arrasada por el fuego en el poblado del castillo de Doña Blanca (reconstruida para la exposición en el Museo del Puerto de Santa María), ¿estaba almacenado para su comercialización fuera del poblado, o era simplemente una reserva alimenticia para consumo local o, incluso, familiar? Aunque su significado económico es obvio, la interpretación sobre su verdadero papel en la organización económica del poblado no es fácil. Abundantes molinos y hornos domésticos para elaboración de pan se han documentado en las excavaciones del poblado (Ruiz Mata, 1988a, 41). Hay casos más claros en que sí puede defenderse sin problema que la documentación arqueológica revela exclusivamente las prácticas de alimentación de las poblaciones prerromanas.

Parece evidente, pues, que cualquier descripción de las actividades económicas de las poblaciones prerromanas del bajo Guadalquivir tiene que ser necesariamente parcial, ya que ni aunando documentación arqueológica y fuentes escritas podemos reconstruir totalmente la organización económica de estas poblaciones. Se suele aceptar que son sociedades con economía mixta con mayor o menor especialización hacia determinados sectores de la producción según las zonas, como hemos indicado en páginas precedentes. Los poblados de Los Alcores (Sevilla) podrían ilustrar perfectamente sobre los modelos de asentamiento de comunidades que explotan un territorio que permite una próspera agricultura en terrenos de vega y el mantenimiento de ganados en las terrazas del Guadalquivir, además de erigirse en puntos estratégicos dentro de un sistema de vías comerciales (Amores, 1979-80, 366).

En muchas de estas comunidades, las actividades agropecuarias desempeñaban un papel importante, y de hecho la ubicación de muchos poblados parece estar condicionada por la explotación en gran escala de las tierras que los rodean. El modelo de asentamiento en la campiña de Sevilla, por ejemplo, resulta ilustrativo de lo que decimos (Fernández Caro, 1987,

111). En estos casos, la explotación del campo no estuvo sólo en función del propio abastecimiento, sino que debió permitir la acumulación de excedentes. La fertilidad de las tierras del Bajo Guadalquivir seguramente propició la existencia de grandes explotaciones (Caro Baroja, 1986, 15), cuyo rendimiento se incrementó con la utilización de herramientas apropiadas, tanto para el laboreo de la tierra como para la trilla (Blázquez, 1968, 242). También al otro lado del Guadiana, el latifundio parece haber sido el modelo de explotación agropecuaria más frecuente (Júdice Gamito, 1988, 163 ss.).

Los escasísimos estudios paleobotánicos realizados en este territorio proporcionan algunos datos de interés, como la existencia de amplios espacios abiertos destinados a cultivos de cereal en núcleos como Ategua (López, 1986, 156), corroborando lo que ya se sabía por otras fuentes (Blanco, 1983, 127) y por la propia documentación arqueológica. El hinterland de esta ciudad se configura desde época prerromana como una zona dedicada de forma intensiva al cultivo de cereales, con unos rendimientos altos que permitían explotar los excedentes. Los campesinos turdetanos poseían fórmulas sencillas pero eficaces para conservar el grano, aislándolo de la humedad; se almacenaba en silos que se agrupaban en extensos campos, siempre fuera de los poblados (Lacort, 1985, 363 ss.). Finalmente, para la comercialización de estos productos el territorio estaba dotado de una gran red viaria (Blanco, 1983, 127).

La ganadería fue otro puntal de la economía tartésica y turdetana, como se refleja en los relatos míticos y recogen las fuentes (Pastor, 1983, 166). Esta actividad fue importante, sobre todo, entre las comunidades del interior del Guadalquivir y en concreto del eje Carmona-Setefilla. Todavía en el siglo XIX confluían en la zona de Constantina-Peñaflor-Lora del Río ramales de las cañadas reales más importantes (*Descripción de las cañadas reales...*, 1984). Amores y Rodríguez Temiño consideran impracticables (1984, 111) las vías de trashumancia que propone Ponsich a través de Los Alcores y siguiendo el Corbones hasta la región de Setefilla (1983, fig. 4), pero lo que no parece discreto es negar el papel que la ganadería desempeñó entre las poblaciones, que seguramente conjugaban la actividad productiva con la vigilancia y control de las rutas de paso de ganado. El propio poblado de Setefilla tiene su razón de ser en esta doble vertiente de la explotación de los recursos ganaderos (Aubert y otros, 1983, 14-15).

Estas actividades, sin embargo, no son deducibles del registro arqueológico. Los estudios zooarqueológicos documentan la cría de animales con finalidades de abasto, pero de estos estudios no puede sacarse ninguna otra información relativa al proceso de producción y formas de distribución de estos bienes. Así ocurre, por ejemplo, en El Carambolo, donde sabemos que la dieta cárnica se componía principalmente de ovicápridos, bóvidos y suidos, y que la caza de cérvidos resultaba un complemento importante (Carriazo, 1973, 451 ss.); pero ignoramos si, además, se criaban animales para su intercambio por otros bienes. Tampoco en Huelva se encuentran más que colonias domésticas destinadas a proporcionar a la población

carne de las tres especies citadas (Von den Driesch, 1973, 9 ss.). Los ovicápridos son la especie doméstica dominante en la mayor parte de los yacimientos, más por número de restos que por aporte de biomasa.

Para estudiar las diferencias entre las etapas tartésica y turdetana a este respecto, resultan inaprovechables la mayor parte de los estudios que se han realizado, ya que proporcionan una información global sobre la fauna de un yacimiento que necesariamente tiene sólo un valor relativo. A modo de ensayo hemos comparado los porcentajes de las distintas especies consumidas por la población de época turdetana en Huelva, Setefilla y Evora; y a pesar de que la muestra es escasa, y por ello no puede tomarse como representativa de lo que debió ser la situación más corriente, se aprecia que la producción de bóvidos ha crecido considerablemente respecto a los ovicápridos, que aparecían como especies dominantes en etapas precedentes (Fig. 3).

Tampoco poseemos información sobre si la carne que consume cada población se adquiere fuera de la misma, pero así debió ser en algunos casos, ya que se conocen algunos ejemplos en la prehistoria andaluza de grupos con producción ganadera especializada destinada a la exportación. Este hecho demostraría la existencia, ya desde el II Milenio a.C., de prácticas económicas de ámbito regional basadas en el intercambio de productos animales (Harrison y Moreno, 1985, 64 y 80).

La caza fue una actividad económica subsidiaria importante en algunas poblaciones del Bajo Guadalquivir, y aportó parte de la proteína animal que consumieron. La de Sevilla, por ejemplo, se abasteció durante los siglos VII-VI a.C. más de carne de caza que de animales domésticos; entre estos últimos, los ovicápridos están presentes a lo largo de toda la secuencia y su crianza con fines alimenticios se remonta a mediados del siglo VIII en el yacimiento. En cambio, los bóvidos desaparecen del registro arqueológico en varias etapas. Esto, unido a la presencia importante del ciervo, que proporciona gran parte de la proteína animal consumida, ha hecho pensar que aquéllos se utilizasen exclusivamente como animales de tracción; pero esta circunstancia no explica de forma satisfactoria, a nuestro parecer, la ausencia de restos de estos animales en distintos estratos del yacimiento (Bernáldez, 1988, 118 ss.).

Estos datos demuestran que la caza fue algo más que una simple afición deportiva practicada por grupos de élite (Caro Baroja, 1968; Júdice Gamito, 1988, 164) o una forma de entretenimiento del cabeza de familia «que se justifica por atribuir de vez en cuando un conejito para la cena» (Schüle, 1968, 6). Coincidimos con otros autores en la consideración de esta actividad como una importante contribución a la economía doméstica (Pastor, 1983, 168). Hasta hace no mucho tiempo la caza fue para muchas familias de medios rurales una importante ayuda económica y, desde luego, la fuente de aprovisionamiento de la única carne que consumían (Limón, 1982, 51).

Junto a las actividades mencionadas, en las poblaciones costeras la pesca representó siempre un complemento importante en la economía de autoabastecimiento; pero seguramente también, muy pronto se

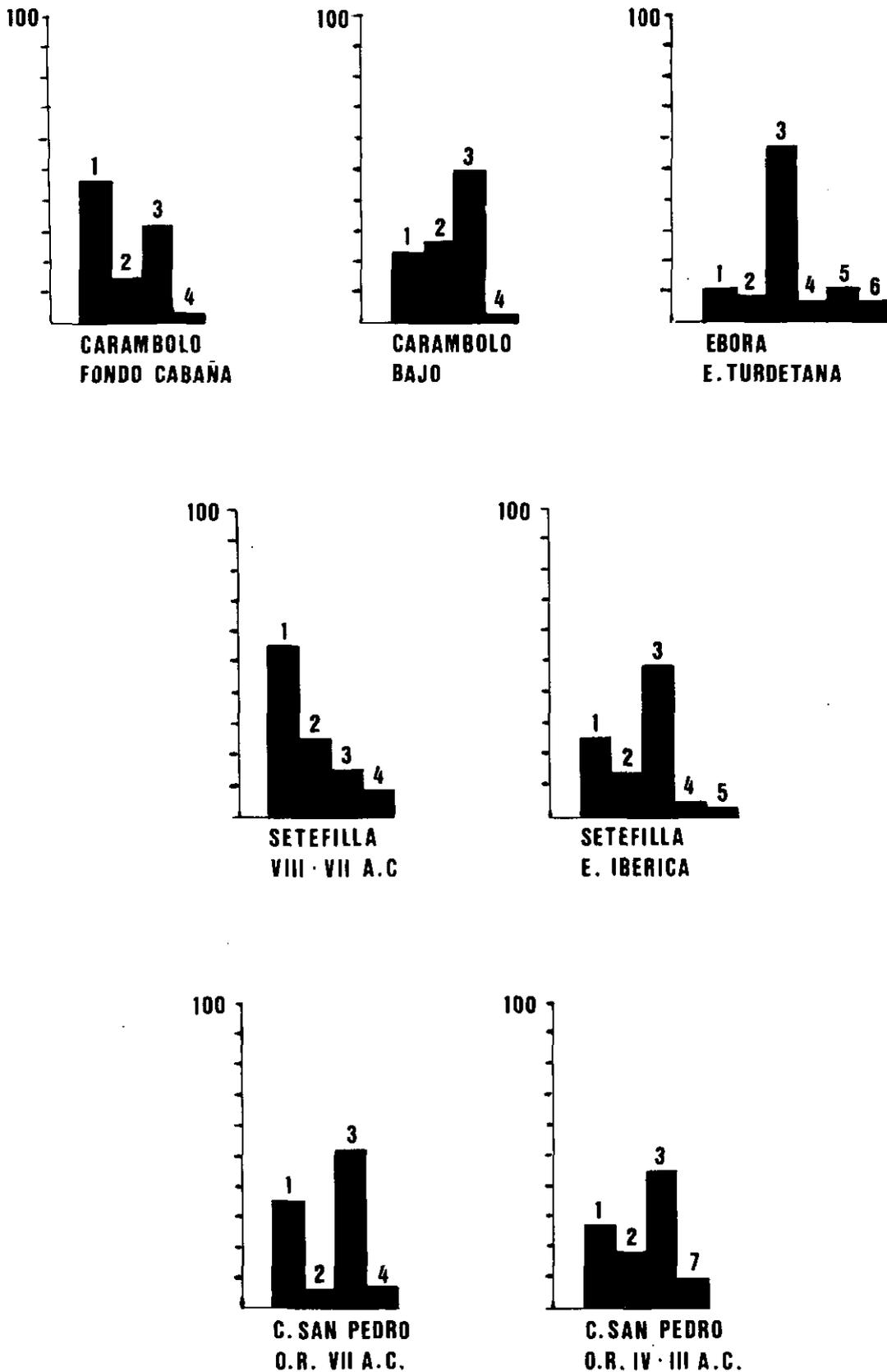


FIG. 3. Porcentajes de los restos óseos hallados en diferentes yacimientos protohistóricos de Andalucía Occidental. 1. Ovicápridos. 2. Suidos. 3. Bóvidos. 4. Cérvidos. 5. Cánidos. 6. Peces.

inició la industrialización y comercialización de productos derivados de la misma en núcleos como Huelva (Lepiksaar, 1973, 32 ss.; para las factorías costeras: Schubart y Arteaga, 1986, 509). En los últimos años la arqueología va aportando datos que permiten contrastar y verificar las noticias literarias acerca de las salazones del sur de la Península Ibérica. Al borde de la bahía de Cádiz empiezan a surgir a partir del s. V a.C. pequeñas factorías, quizá explotaciones de carácter familiar tan sólo, dotadas de instalaciones para la preparación y almacenaje de conservas de pescado; la de Las Redes, en el término municipal del Puerto de Santa María, es la más completa (Ruiz Mata, 1986b, 544; Muñoz Vicente y otros, 1987, 487 ss.). El atún parece haber sido la especie preferida para estos fines (Pastor, 1983, 169; documentación arqueológica de esta actividad en Muñoz Vicente y otros, 1987, 488).

Pero de momento no poseemos elementos suficientes para determinar si estas explotaciones están en manos de las poblaciones fenicio-púnicas, como sostienen algunos autores (Muñoz Vicente y otros, 1987, 504) o bien también supusieron una salida económica para las comunidades locales obligadas a abandonar las prácticas agropecuarias en la campaña a raíz de la crisis del s. VI a.C., como señalábamos más atrás (Cf. también, Ruiz Mata, 1988 (85), 45).

De todas las actividades productivas, las minero-metalúrgicas son las que mayor atención han recibido por parte de la investigación; no es casualidad que sean las mejor documentadas arqueológicamente. Son importantes en las tierras más occidentales de la región; desde Aznalcóllar, en la provincia de Sevilla, al Alemtejo portugués, se extiende el que se denomina cinturón ibérico de piritas, rico, además, en otros muchos minerales.

En el Andévalo onubense la explotación más antigua de los filones de cobre se relaciona por algunos autores con grupos calcolíticos del IV/III Milenio a.C. (Blanco y Rothemberg, 1981, 115); posteriormente, no se reconoce actividad alguna hasta iniciado el I Milenio a.C., en que autóctonos y extranjeros aparecen ya como los dos polos de una relación comercial estimulada por la demanda de metales por parte de los últimos. Sin embargo, no existe acuerdo entre los investigadores a la hora de interpretar qué papel corresponde a unos y a otros en el proceso de extracción y producción de metal en estos momentos finales de la Edad del Bronce y en la introducción de los conocimientos tecnológicos que lo facilitan. Son muchos los que sostienen que la activación de la minería en el suroeste peninsular no puede en absoluto aislarse de la presencia fenicia en la zona, responsable en definitiva de la introducción de la tecnología adecuada para hacer rentable la explotación, aunque la ejecución material de esos trabajos correspondiera a los indígenas (González Wagner, 1935b, 5 ss.; Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986, 257 ss.). Para otros, en cambio, son las poblaciones autóctonas del suroeste peninsular las que impulsan la producción con la introducción de algunas novedades tecnológicas que mejoraron tanto las técnicas de extracción del mineral como de fundición (Blanco, 1984, 105 ss.).

Con los datos que poseemos parece innegable una coincidencia cronológica entre la activación de la producción minero-metalúrgica y la presencia oriental en el sur de la península. Con ella coincide la aparición de asentamientos estables especializados en los grandes focos mineros. Así, en el complejo de Riotinto, los núcleos de población del Cerro Salomón (Blanco y otros, 1970), de Cortalagos (Amores, 1988) o de Quebrantahuesos (Pellicer, 1983), aparecen con seguridad desde principios del s. VII a.C. Se ha considerado que en algunos yacimientos estas actividades se habrían iniciado en una fase precolonial, porque en el registro arqueológico no aparecen cerámicas a torno; es el caso de Chinflón, relacionado con labores de extracción (Pellicer y Hurtado, 1980, 19), y de San Bartolomé de Almonte, dedicado a fundición (Ruiz Mata y Fernández Jurado, 1986, 236). Sin embargo, pensamos que estos criterios no son determinantes, y que la circunstancia aludida puede explicarse seguramente más por causas funcionales que cronológicas.

Del resto de las cuestiones relacionadas con la producción de minerales, se ha descrito mucho en los últimos años y no tenemos nada que añadir a lo que ya se ha dicho (Cf. Fernández-Jurado, 1986, 149 ss.).

El uso de una tecnología poco adecuada hizo que la explotación de los filones cupríferos del SO andaluz resultara poco rentable y se buscaran alternativas en otros focos mineros. La crisis fue tan importante que llegó a suponer, incluso, el traslado de grupos de población numerosos hacia los centros de la Alta Andalucía (Fernández-Jurado, 1986, 168). La caída de este sector productivo marca profundas diferencias en la evolución de las tierras más occidentales de la región a partir de este momento.

4. LAS COSTUMBRES FUNERARIAS

El análisis de las costumbres funerarias es, sin duda, uno de los aspectos más problemáticos de la cultura de las poblaciones prerromanas del Bajo Guadalquivir.

Durante el largo período que conocemos como Bronce Final, esto es, entre 1200 y 700 a.C. de acuerdo con las cronologías al uso, este territorio forma parte de las tierras que participan del complejo cultural que denominamos Bronce Atlántico, que de ningún modo puede entenderse como una cultura homogénea (Ruiz-Gálvez, 1984a, 537), sino como un fenómeno que desemboca en la difusión de ciertos elementos comunes. El mecanismo de comunicación, las «solidaridades atlánticas» de que habla Coffyn (1985, 13 ss.) no consiste, a nuestro parecer, sólo en un trasiego de tecnología metalúrgica, sino que atañe también al mundo de las ideas como se ha defendido en otras ocasiones (Ruiz-Gálvez, 1984a, 539 ss.; Belén y Escacena, en prensa). Las costumbres funerarias entran de lleno en este campo animológico.

La simple consulta de algunos trabajos de carácter general bastaría para comprobar que escasean o son totalmente inexistentes las noticias referentes a costumbres funerarias de las poblaciones de la fachada atlántica peninsular durante el final de la Edad del Bronce (Savory, 1951, 327 y 333; Vaz Pinto y Parrei-

ra, 1977-1978, 152; Coffyn, 1983, 171 y 1985, 20-5 y 216).

Las regiones atlánticas parecen estar unidas por lo que Ruiz-Gálvez llama una «característica negativa» (1987, 252), que es la ausencia generalizada de documentación funeraria en el registro arqueológico, a pesar de que, con carácter más general, a los últimos momentos de la Edad del Bronce, una serie de documentos funerarios de muy diversa índole, algunas tumbas aisladas, con materiales de importación, como la de Roça do Casal do Meio (Spindler y otros, 1973-74, 91 ss.), quizá sepulturas de ocasión, y, las más, elementos inconexos a los que se ha asignado un contexto funerario pocas veces probado (Cf. Gonçalves, 1972, 213 ss.; Belén y Escacena, en prensa). No se conocen auténticos cementerios, salvo en el Suroeste de Portugal, donde se darían los últimos tiempos del Horizonte Santa Vitoria, con cistas cubiertas con losas esculpidas (Schubart, 1971, 154 ss.), en las cuales se representan armas como alabardas y hachas cuya perduración en el Bronce Final parece poco probable (Ruiz-Gálvez, 1984b, 331); y las que pudieron pasar por amplias necrópolis de incineración del Bronce Final, como las de Alpiarça, hoy se fechan con más propiedad en etapas avanzadas de la Edad del Hierro (Marques y Andrade, 1973-74, 146-147; contra esta datación: Kalb, 1979, 585 nota 8). Tampoco consideramos suficientemente inequívocos los elementos cerámicos en que se ha basado la cronología de la necrópolis de Fonte da Malga (Kalb y Höck, 1979, 43 ss.), teniendo en cuenta que esta cerámica ni siquiera está claramente asociada a la sepultura.

Los escasos datos que conocemos sobre estas cuestiones se distribuyen, además, de forma muy irregular tanto espacial como temporalmente por la fachada atlántica peninsular. Pero en las tierras de Huelva y el Bajo Guadalquivir, no conocemos de momento ningún testimonio que podamos poner en relación con las gentes que habitan la zona por primera vez en un momento impreciso de fines de la Edad del Bronce.

El horizonte de enterramientos en cista, característico sobre todo en las tierras altas de las provincias de Huelva y Sevilla, no parece que pueda prolongarse hasta el Bronce Final (Fernández-Miranda y Ruiz-Gálvez, 1980, 70-71); y aunque fuera posible, como sucede al parecer en la vecina zona portuguesa (Schubart, 1971, 157), difícilmente podríamos poner en relación los hábitats que surgen entre los siglos IX y VIII a.C. al borde de estuarios y ríos de las tierras bajas con las gentes de las cistas.

El supuesto enterramiento de inhumación en la cueva de la Cancela, del complejo de la Peña de Arias Montano, en la vertiente sur de la sierra de Alajar, fechado en el Bronce Final por la presencia de una cazuela carenada que se relaciona con el ajuar y que tiene paralelos en las cerámicas de la fase I del Cabezo de San Pedro (Blázquez y otros, 1979, fig. 11:11, 12:18, 19:57, etc.), no pasa de ser un ejemplo aislado que en nada altera el panorama general. En cualquier caso, resulta chocante la desconexión espacial que existe entre los restos óseos, correspondientes a un varón de unos 35 años, y los que se consideran vasos de ofrenda de la misma sepultura (García Rincón, José M.^a, 1989). La excavación de la cueva, que se

programa para un futuro próximo, parece una empresa no exenta de dificultades, ya que el nivel arqueológico está recubierto por una capa estalagmítica, pero esperamos que se lleve a cabo pronto y resuelva el problema de la relación de cada uno de los elementos que se conocen con el contexto del que formaron parte: esto ayudará a definir la funcionalidad de la cueva, ya que de momento ignoramos si fue lugar de enterramiento esporádico, o bien era utilizado de forma habitual para estos fines por una comunidad. Pero puestos a resolver, no podrán perderse de vista tampoco otros muchos problemas relacionados con el ritual funerario, como si el muerto que se ha dado a conocer fue arrojado al agua o bien la zona se inundó con posterioridad al momento de enterramiento (García Rincón, J. M.^a, 1989).

Una segunda sepultura de inhumación, esta vez de un individuo infantil, se halló en el nivel inferior del Corte B practicado en la zona de El Picacho, Carmona. Aunque se fechó en el Bronce final, su posición estratigráfica y su cronología no parecen estar demasiado claras (Pellicer y Amores, 1985, 103 y 182). El enterramiento se practicó sobre el suelo y se cubrió con media vasija a modo de tinaja alargada, dotada de base plana (Pellicer y Amores, 1985, fig. 43). Si realmente el nivel 12 sellaba el enterramiento, tendríamos que defender, en coherencia con las opiniones que expresamos más atrás, que la sepultura corresponde a un momento avanzado del Bronce Pleno. Durante esta etapa se conocen en la Baja Andalucía enterramientos en el interior del poblado en Setefilla (Aubert, 1981b, 127 ss.; Aubert y Serna, 1981, 225 ss.) y en El Berrueco de Medina Sidonia (Escacena, 1985, 77 ss.); pero, de admitir la cronología que proponemos para la tumba de El Picacho, sería el único ejemplo de enterramiento en *pitios* en estas tierras del occidente de Andalucía. Posteriormente, se conocen inhumaciones de niños en zonas de poblado en el «Bronce Tardío, Final y épocas posteriores» del Cerro de la Mora (Carrasco y otros, 1987, 98, nota 163) y son frecuentes, sobre todo, en el mundo ibérico (Tarradell, 1965, 174 ss.; Lillo Carpio, 1981, 51 ss., etc.).

La ausencia de documentación arqueológica inequívocamente interpretable como testimonios de los rituales en torno a la muerte, ha hecho que algunos investigadores se planteen el problema de las prácticas funerarias del Bronce Final en aquellos territorios peninsulares más directamente relacionados con la fachada atlántica. El hecho de que en los manuales de la materia se indique ya que parece característico de este momento la práctica de fórmulas funerarias que no dejan huella en el registro arqueológico (Almagro Gorbea, 1986, 406), indica con claridad que el fenómeno ha sido ya aceptado por la comunidad científica, aunque con cierto retraso respecto a los colegas de otros países atlánticos (Ucko, 1969, 269).

Hay, sin embargo, algunos documentos que se interpretan como testimonio de las costumbres funerarias de las poblaciones del Bronce Final entre 1000 y 700 a.C. Se trata de las *estelas* grabadas con armas y figuras humanas muy esquematizadas, que señalarían el lugar en que se practicó el enterramiento (Almagro Basch, 1966). Suelen vincularse a sepulturas de inhumación en cista (Almagro Gorbea, 1977, 159 y 192-

193; Esteban, 1984, 59), pero, de hecho, en ningún caso se ha podido probar esta relación. Las referencias al hallazgo de restos óseos junto a las estelas de Solana de Cabañas o Granja de Céspedes son tan ambiguas que no parece aconsejable tomarlas como prueba irrefutable de esta relación (Almagro Basch, 1966, 27 y 105-106).

En el Bajo Guadalquivir los hallazgos de estelas son de momento más escasos que en Extremadura (fig. 4), y, como allí, desgraciadamente carecen de contexto arqueológico (Cf. Chaves y de la Bandera, 1982, 137 ss.; Oliva y Chasco, 1976, 387 ss.; Rodríguez Hidalgo, 1983, 229 ss.; Rodríguez Temiño y Núñez, 1985, 481 ss.), salvo en el caso de la hallada en Setefilla. La estela en cuestión cubría una sepultura que contenía un enterramiento de inhumación, fragmentos de una urna cerámica y huesos calcinados (Bonsor y Thouvenot, 1928, 32) y se localizó en el entorno de los túmulos G e I de época orientalizante; por esta razón se ha interpretado como prueba de la continuidad en el territorio de la Mesa de Setefilla de una comunidad que fue cambiando de ritos conforme iba recibiendo influencias foráneas (Almagro Gorbea, 1977, 188). Pero tenemos la impresión de que se reutilizó como piedra de cubierta una estela que en origen estuvo hincada verticalmente en otro lugar, porque se dice que, cuando se encontró, presentaba el extremo inferior de tonalidad más clara que el resto (Bonsor y Thouvenot, 1928, 32).

Dejando aparte algunas supuestas asociaciones de poblados con necrópolis de cistas (Almagro Gorbea, 1977, 151 ss.), básicamente seguimos sin saber qué asentamientos corresponden a las gentes de las estelas y, en definitiva, quiénes son, si indígenas (González Wagner, 1983a, 63 y 68) influidos por corrientes culturales tanto atlánticas como mediterráneas (Ruiz-Gálvez, 1984a, 528), o bien colonos llegados desde las costas del Egeo con sus ritos funerarios (Bendala, 1977, 200 y 202), o de cualquier otra procedencia; opiniones hay para todos los gustos.

La actual provincia de Huelva aparece como un territorio al margen del fenómeno de las estelas grabadas y, curiosamente, las que presentan inscripciones tartésicas, que se consideran manifestaciones del mismo universo religioso funerario (González Wagner, 1983a, 69), salvan de nuevo esta región y se distribuyen por tierras de Portugal, al otro lado del Guadiana.

El registro arqueológico es tan parco en información sobre las costumbres funerarias, que algunos investigadores han intentado llenar este vacío buscando fórmulas interpretativas diferentes de las habituales. De estas corrientes de opinión queremos destacar aquellas que consideran los hallazgos de armas recuperadas del fondo de los ríos —casi exclusivamente espadas—, como manifestaciones de carácter simbólico relacionadas con el mundo funerario del Bronce Final atlántico (Ruiz-Gálvez, 1982, 12).

En Andalucía occidental los hallazgos de espadas se concentran, sobre todo, en el Guadalquivir y en el Guadalete (Fig. 4) (Ruiz Delgado, 1988, 278), salvo que consideremos también como manifestaciones del mismo fenómeno los bronceos del depósito de la Ría de Huelva (Almagro Basch, 1940), cuyo carácter «votivo» empieza a ser considerado por más de un

investigador (Blázquez, 1989, 58). El conjunto consta también de otras piezas, armas y objetos personales, que tampoco chocan si se analizan como elementos de ajuares funerarios; igual sucede con los cascos (Olmos, 1988, 65 ss.).

El desconocimiento de las costumbres funerarias del primer cuarto del I Milenio a.C. provoca que, cuando hacia el 700 a.C., coincidiendo con la presencia oriental estable en Andalucía, empieza a haber en el registro arqueológico constancia de estas prácticas, los investigadores se encuentran con problemas de interpretación auténticamente graves, que aunque no siempre se admiten tácitamente, sí se observan bien en los trabajos que de un modo u otro tratan de estas cuestiones. Sólo observando el desconcierto que desencadena no saber a qué atenerse por falta de precedentes, a la hora de diferenciar qué elementos relacionados con el ritual forman parte del sustrato y qué otros se toman de una cultura ajena, puede entenderse que en un capítulo sintético sobre las costumbres funerarias del mundo tartésico se incluyan tanto enterramientos tumulares propios del período orientalizante, como tumbas de las colonias fenicias costeras o enterramientos ibéricos del Levante español (Júdice Gamito, 1988, 170 ss.).

Hasta hace muy poco la interpretación de las necrópolis de época orientalizante se adecuaba fielmente al modelo que se consideraba idóneo para explicar el proceso histórico de la colonización fenicia en el sur de la Península. De este modo, a los asentamientos de orientales, que se extendían por el litoral andaluz, de Almería a Cádiz, correspondían cementerios de incineración en pozos profundos (Pellicer, 1962, Corzo, 1984, 147) o monumentales cámaras hipogeas construidas con aparejo de sillería en las que a veces practicaban conjuntamente enterramientos de incineración y de inhumación (Schubart y Niemeyer, 1976; Molina Fajardo y otros (s.a.), 24) en tanto que se consideraban propios de los núcleos indígenas del suroeste y tierras inferiores del Guadalquivir necrópolis compuestas por enterramientos tumulares en los cuales se conjugan en aparente armonía tradiciones autóctonas con influjos extranjeros. Llama la atención en estas sepulturas la presencia de ricos ajuares de corte oriental, que se interpretan como bienes de lujo intercambiados por las élites locales a los colonos semitas por materias primas.

Pero el modelo empieza a tambalearse. La inconsistencia del planteamiento se hace patente cuando se comprueba que no hay modo de entender desde estas posiciones teóricas cómo una comunidad fenicia que funda su asentamiento urbano de las características del poblado del Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1988, 41-42), comparte «pacíficamente» con un grupo autóctono un cementerio indígena preexistente (Ruiz Mata y Pérez, 1988, 39 y 47), o cómo al describir una necrópolis que se considera tartésica como La Joya, en Huelva, se llega a admitir que el ritual funerario que allí se practica es «típicamente fenicio» (Blázquez, 1989, 68) y que «los elementos materiales (que allí se encuentran) parecen reflejar una cultura fenicia y en modo alguno una cultura local o indígena» (Garrido y Orta, 1978, 199; la misma opinión se repite en 207).

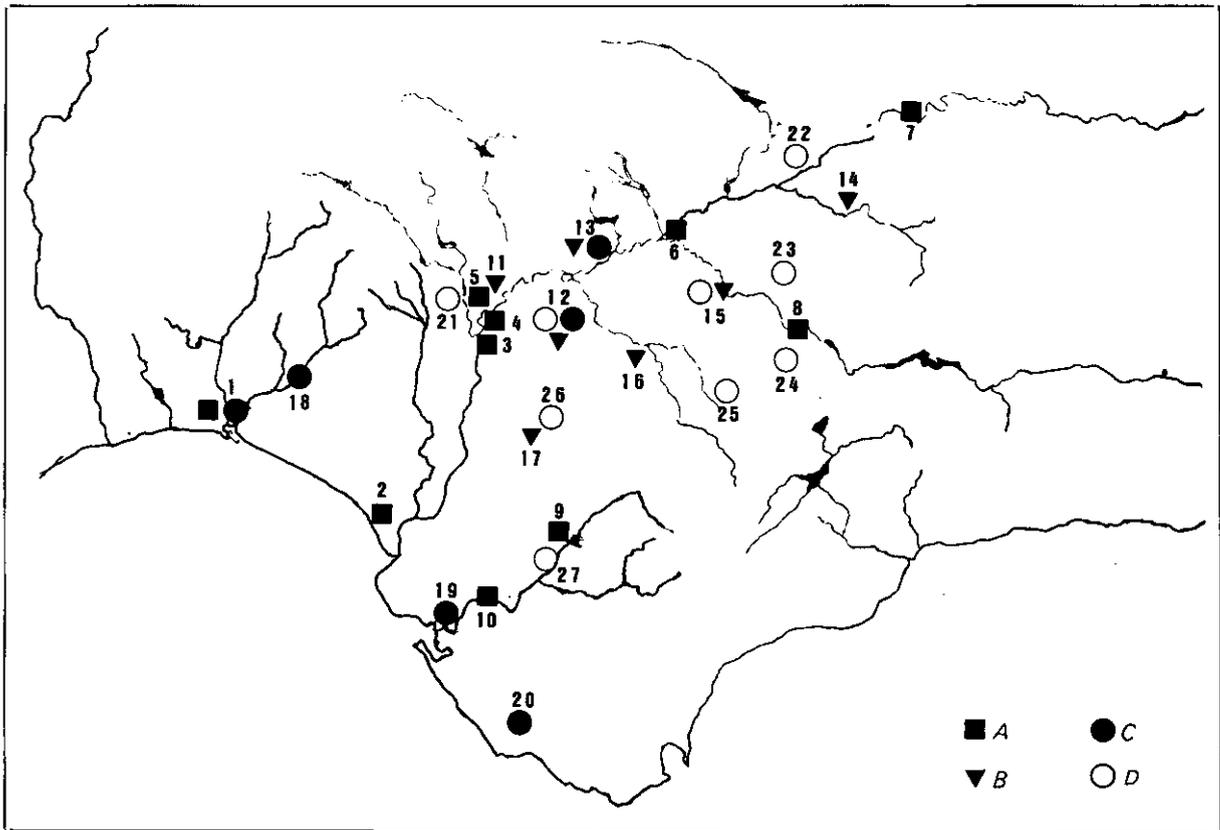


FIG. 4. Documentos relacionados con el mundo funerario en Andalucía Occidental. A. Espadas halladas en ríos. B. Estelas grabadas. C. Necrópolis del Período Orientalizante. D. Necrópolis o sepulturas ibero-romanas. 1. Huelva. 2. Coto de Doñana. 3. Corta de la Cartuja. 4. Entre La Rinconada y Alcalá del Río. 5. Alcalá del Río. 6. Palma del Río. 7. Entre Villa del Río y Marmolejo. 8. Los Castellares-Herrera. 9. Bornos. 10. Guadalete (Jerez). 11. Burguillos. 12. Carmona. 13. Setefilla. 14. Ategua. 15. Écija. 16. Montemolín. 17. Torres Alcaz. 18. Niebla. 19. Las Cumbres. Puerto de Santa María. 20. Vejer. 21. Gilena. 22. Camino Viejo de Almodóvar. 23. Santaella. 24. Estepa. 25. Osuna. 26. Utrera. 27. Arcos.

En los últimos años se ha vuelto a plantear la existencia de una auténtica colonización agrícola semita en el interior del Guadalquivir (González Wagner, 1983a, 38 ss.). A estas poblaciones corresponderían cementerios como el de la Cruz del Negro, en Carmona, cuyos rituales tanto se asemejan a los de las necrópolis fenicia de Frigiliana (Arribas y Wilkins, 1969). En un trabajo nunca publicado reflexionábamos, hace ya algunos años, sobre la incoherencia que suponía explicar dos yacimientos tan parecidos desde supuestos teóricos tan diferentes (Fernández-Miranda y Belén, 1976). Aplicando este otro modelo de interpretación de la colonización fenicia, las posiciones empiezan a aproximarse. La variabilidad de esquemas de actuación en el ámbito funerario se explica bien si aceptamos la presencia de gentes orientales, de procedencia diferente, en el sur de la Península Ibérica.

Pero si empezamos a descartar como pertenecientes a orientales cementerios considerados hasta ahora como indígenas, ¿qué ocurre con las poblaciones autóctonas del Bajo Guadalquivir, cómo se enterraban, quizá como sus antepasados del Bronce Final precolonial? Tal vez resulte prematuro hacer afirmaciones tajantes, pero evidentemente hay que empezar a plantearse el problema de forma diferente a como se ha venido haciendo hasta ahora. Aun admitiendo que las

élites y los jefes tartesios, más inclinados al cambio y a utilizar formas de enterramiento ostentosas procedentes del mundo fenicio (Aubet, 1984, 451, ss.), estén enterrados en los túmulos de Los Alcores, de Setefilla, de Niebla o en las tumbas de Huelva (Aubet, 1984, 446 y 448 ss.), ¿qué proporción de la población del Bajo Guadalquivir durante los siglos VII-VI a.C queda representada en estos enterramientos?; cuántos *principes* había en Tartessos (Aubet, 1984, fig. 1) y dónde yacen esos otros que, sin duda, eran los más?; ¿tal vez, como se pregunta M. Ruiz-Gálvez, «el ritual funerario era más complejo de lo que imaginamos e incluía otros actos simbólicos como arrojar al muerto o a su ajuar o a ambos a las aguas (...)? Lo ignoramos» (1984a, 526).

La respuesta no es fácil, pero si algo está claro es que la existencia de unas cuantas tumbas importantes no resuelve el problema de averiguar en qué consistían las costumbres funerarias tradicionales de las poblaciones de Andalucía Occidental durante el I Milenio a.C. Se conocen, además, otros conjuntos funerarios fechados en época orientalizante; pero su carácter de hallazgos aislados, como la tumba de incineración hallada en Vejer (Lazarich, 1985, 103 ss.), o no investigados, como ocurre con la necrópolis de Los Praditos, en la Sierra de Huelva (Pérez Macías, 1983, 224

ss.), impide que las tomemos en consideración a la hora de exponer estas reflexiones.

Y si escasa es la documentación directa relativa al mundo funerario del Bronce Final y problemática la del periodo orientalizante, tanto o más es en ambos sentidos la que sobre dicho aspecto puede recogerse a partir del s. V a.C. y hasta la Romanización. Porque una revisión exhaustiva de los paralelos tipológicos de las urnas de incineración supuestamente turdetanas y de los ajuares que las acompañaban, revela que, cuando las cronologías pueden ser precisadas con cierta nitidez, esas sepulturas corresponden a época romana.

De fecha prerromana fueron consideradas las tumbas localizadas en Setefilla junto a los túmulos A y B de la fase orientalizante (Aubet, 1981, 216-219; Escacena, 1987, 295). Pero un estudio detallado de la silueta y de la decoración de las urnas cinerarias aconseja mejor una datación en los siglos II o I a.C., sobre todo por los paralelos que esos vasos cerámicos presentan con la forma I de la tipología establecida por Luzón en el Pajar de Artillo de *Italica* (Luzón, 1973, 35-37 y lám. I; Escacena, 1987b, 444-470).

En Osuna se halló una urna cineraria de forma semejante a ciertos pequeños vasos del depósito cerámico de Alhonor (Corzo, 1977, lám. II B; López Palomo, 1981, 15-16). Dicho depósito debe fecharse a fines del s. III o, mejor aún, a comienzos del II a.C. (López Palomo, 1981, 170-171. Una matización cronológica de este depósito en Escacena, 1987a, 275-279), lo que proporciona similar datación para la mencionada sepultura de Osuna. Un caso idéntico se constata en Estepa (López Palomo, 1979, 85 y 95 y fig. 17).

No tiene cronología precisa, en cambio, la incineración en un recipiente globular exhumada en el Olivar del Pósito, de Santaella (Córdoba) (Ibidem, 96 y lám. I).

En Carmona, los enterramientos que disponen de materiales de fecha precisa corresponden también a tiempos demasiado recientes como para considerarlos punto de apoyo importante para el estudio del mundo funerario turdetano. Las sepulturas de incineración más antiguas, halladas en las proximidades del anfiteatro romano, podrían corresponder a fines del s. III o comienzos del II a.C. (Belén, 1982, 269-285), porque ésa es la fecha a partir de la que se desarrolla en el Bajo Guadalquivir la decoración de retícula pintada sobre cerámica a torno (Escacena, 1987b, 754-767), motivo presente en los vasos cinerarios de Carmona aparecidos en este conjunto más viejo (Belén, 1982, figs. 2-5 y láms. I:1 y II:10). Este tema ornamental está también presente, por cierto, en los ejemplares reseñados de Osuna y Estepa, y con cierta frecuencia aparece asociado en Andalucía oriental a ajuares considerados tradicionalmente femeninos (Belén, 1982, 278; Cabré y Motos, 1920, 56; Escacena, 1987b, 759-760). En el s. I d.C., el ritual de enterramiento ha experimentado ciertos cambios, y aunque se siguen utilizando como vasos de ofrenda en la necrópolis carmonense cerámicas decoradas a bandas de tradición turdetana, las urnas han cambiado totalmente, sustituidas ahora por cajas de piedra o recipientes de vidrio como fórmulas más corrientes (Belén, 1983, 225).

En la propia capital cordobesa, la necrópolis del llamado «Camino Viejo de Almodóvar» dio abundantes cerámicas romanas junto a vasijas turdetanas. Una urna cineraria pintada apareció junto a dieciséis recipientes de *terra sigillata* artina y sudálgica de la segunda mitad del s. I d.C. (De los Santos, 1955, 14, fig. 3 y lám. III:2 y 4). Otro enterramiento, también en el interior de un vaso pintado, llevaba urgüentarios de cerámica y de vidrio, así como una lucerna emparentada con la forma Dressel 4, que se fecha a fines de la República o a comienzos del Imperio (García y Bellido, 1952, 42 y figs. 6-7; De los Santos, 1955, 21-23 y láms. III:3 y IV).

Cerca de Arcos de la Frontera, en la provincia de Cádiz, ha sido excavada hace pocos años una necrópolis cuyas tumbas más antiguas corresponden a época romana, aunque se usaron como contenedores para las cenizas del difunto vasos pintados con líneas rojas según el gusto indígena (Corzo, 1983, 13).

Existen aún otros datos que apoyan una cronología romana para las sepulturas supuestamente turdetanas. Proceden de necrópolis localizadas en Utrera, Ecija y Gilena. Pero el hecho de tratarse de documentación inédita hace imposible una valoración más ajustada de la datación de estas tumbas (1). En cualquier caso, en las salas de exposición del Museo Arqueológico de Sevilla pueden contemplarse vasijas de tipología y decoración turdetanas usadas como urnas cinerarias en sepulturas de la necrópolis del Olivar Alto de Utrera, fechadas por los elementos de ajuar en los siglos I y II d.C.

Prescindimos de entrar en consideraciones acerca de supuestas necrópolis turdetanas de incineración en urnas, por carecer de documentación contrastable (Fernández Gómez, 1982, 172 ss.).

Así pues, la documentación arqueológica registra una auténtico vacío de necrópolis a partir de fines del s. VI a.C. Este hecho debe ponerse en relación con la gran crisis que por las mismas fechas dio al traste con el mundo tartésico. De todas formas, queda sin explicación la ausencia de sepulturas en un medio que continuó poblado en muchos sitios a pesar del descenso demográfico que sugieren las estratigrafías.

El vacío es incomprensible si se considera el mundo turdetano del Hierro Reciente heredero directo en sus aspectos funerarios de las necrópolis orientalizantes. Pero no lo es tanto si por turdetanos entendemos al grupo humano indígena heredero de las tradiciones del Bronce Final, fase en la que tampoco se conocían las necrópolis entendidas al estilo clásico.

Por otra parte, la aparición de sepulturas a partir de fines del s. III y comienzos del II a.C. tiene tantas coincidencias cronológicas con determinados acontecimientos que afectaron por esas fechas a la Turdetania, que resulta extremadamente difícil no establecer relación entre uno y otro fenómenos. Recuérdese, por ejemplo, que en dicha etapa se inauguran hábitats que pueden ser considerados, desde el apoyo que suministra la filología y la arqueología, fundaciones ibéricas en territorio básicamente indoeuropeo (nos referimos a

(1) Agradecemos a M. Puya la información suministrada por la necrópolis de Utrera, a E. Núñez la relativa a los conjuntos funerarios de Ecija y a R. Cruz-Auñón y E. Rivero el dato de Gilena.

los topónimos en *-ili* de Andalucía Occidental) (Untermann, 1985, 14-15).

Sea o no ésta la razón que explica la reaparición de necrópolis desde los comienzos de la Romanización, lo cierto es que el vacío constatado con anterioridad a época helenística no puede ser atribuido al azar o a una distribución irregular de las investigaciones. Son muchas las comarcas conocidas a fondo en la Baja Andalucía a través de exhaustivas prospecciones y de trabajos sistemáticos; y nunca aparecen las tumbas del Hierro Reciente, aunque sí las de la fase orientalizante. Si esta falta de documentación obedece a la práctica de unos ritos funerarios que no dejaron huella arqueológica, cabe suponer para las comunidades prerromanas la continuación de unos comportamientos y de unas creencias en relación a la muerte que se instalaron en el territorio turdetano en el Bronce Final, es decir, en el mismo momento en que

se inauguraron los hábitats. Estas costumbres debieron existir también en época orientalizante, porque no se comprende de lo contrario, desde el punto de vista antropológico, la continuidad de unas normas sociales sin la existencia de eslabones generacionales intermedios, los únicos mecanismos posibles en la transmisión diacrónica de los aspectos no materiales de las culturas (Harris, 1982, 124-125).

La extensión, fuera de todos los límites convenientes que ha adquirido esta comunicación, aconseja no extendernos en recordar, a modo de recapitulación, las opiniones que ya han sido expuestas a lo largo de la misma. No quedamos convencidos de haber resuelto nada importante, pero sí de haber puesto de manifiesto los suficientes problemas como para que haya materia de discusión en éste y otros muchos coloquios.

Sevilla, 16 de julio de 1989

BIBLIOGRAFIA

- P. Aguayo y otros 1987. El yacimiento pre y protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga). Campaña de 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985. II. Actividades sistemáticas*. Sevilla: 294-304.
- M. Almagro Basch 1940. El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el occidente de Europa. *Ampurias*, II: 85-143.
- 1966. *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. BPH, VIII. Madrid.
- 1975. Depósito de bronce de la ría de Huelva. *Huelva. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid: 213-220.
- M. Almagro Gorbea 1977. *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. BPH, XIV. Madrid.
- 1986. El Levante, el Sureste y el Mediodía Peninsular en el Bronce Final, en *Prehistoria. (Historia de España Gredos, 1)*. Madrid: 404-438.
- M. del Amo 1975. Enterramientos en cistas de la provincia de Huelva. *Huelva. Prehistoria y Antigüedad*. Madrid: 109-182.
- 1978. El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva. *Huelva Arqueológica*, IV: 299-340.
- M. del Amo y M. Belén 1981. Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro. *Huelva Arqueológica*, V: 57-148.
- F. Amores 1979-80. El poblamiento orientalizante en Los Alcores (Sevilla): hipótesis de un comportamiento. *Habis*: 10-11, 361-374.
- 1988. El yacimiento arqueológico de Cortalagos (Riotinto, Huelva): Datos para una síntesis. *Actas I Congreso de la Cuenca Minera*. Riotinto.
- F. Amores y J. M. Rodríguez Hidalgo 1983. Cogotas en Carmona y panorama general del fenómeno en Andalucía occidental. *Mainake*, V-VI: 73-86.
- F. Amores e I. Rodríguez Termino 1984. La implantación durante el Bronce Final y el Período orientalizante en la región de Carmona. *Arqueología Espacial*, 4: 97-113.
- A. Arribas y O. Arteaga 1975. *El yacimiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada. Serie Monográfica n.º 2.
- A. Arribas, O. Arteaga y J. Wilkins 1969. La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga). *Pyrenae*, 5: 185-244.
- O. Arteaga 1987. Excavaciones arqueológicas sistemáticas en el Cerro de Los Alcores (Porcuna, Jaén). Informe preliminar sobre la campaña de 1985. *Anuario arqueológico de Andalucía, 1895. II. Actividades sistemáticas*. Sevilla: 279-288.
- M.ª E. Aubet 1981a. Excavaciones en Setefilla: el túmulo B, *P.I.P.: Andalucía y Extremadura*. Barcelona: 161-223.
- 1981b. Sepulturas de la Edad del Bronce en la Mesa de Setefilla, Sevilla. *Madrid Mitteilungen*, 22: 127-149.
- 1984. La aristocracia tartésica durante el período orientalizante. *Opus*, III: 445-467.
- M.ª E. Aubet y M.ª R. Serna 1981. Una sepultura de la Edad del Bronce en Setefilla (Sevilla). *Trabajos de Prehistoria*, 38, 225-251.
- M.ª E. Aubet y otros 1983. *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla)*. Campaña de 1979. EAE, 122. Madrid.
- M. Belén 1982. Tumbas prerromanas de incineración en la necrópolis de Carmona (Sevilla). *Homenaje a Conchita Fernández-Chicarro*. Madrid: 269-285.
- 1983. Aportaciones al conocimiento de los rituales funerarios en la necrópolis romana de Carmona. *Homenaje al Prof. Martín Almagro*, 2, vol. III. Madrid: 209-226.
- M. Belén y Escacena (en prensa). El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica peninsular I. Análisis de la documentación.

- M. Belén y M. Fernández-Miranda 1978. La Tiñosa (Lepe, Huelva). *Huelva Arqueológica*, IV: 197-297.
- M. Belén y otros 1977. Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza. *Huelva Arqueológica*, III.
- M. Belén y otros 1983. Excavaciones en Niebla (Huelva). *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 971-982.
- M. Belén y otros 1987. Excavaciones en el Campo de las Canteras (Carmona-Sevilla). El túmulo A. *XVIII Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 535-546.
- M. Bendala 1977. Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos. *Habis*, 8: 177 ss.
- E. Bernáldez 1988. Estudio faunístico (Corte 6), en Campos y otros: 103 ss.
- A. Blanco 1983. Ategua. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15: 93-135.
- 1984. Mineros y metalúrgicos antiguos en Huelva. *Investigación y Ciencia*, n.º 90: 100-109.
- A. Blanco y B. Rothemberg 1981. *Exploración arqueometalúrgica de Huelva (E.A.H)*. Barcelona.
- A. Blanco y otros 1970. *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)*. Sevilla.
- J. M.ª Blázquez 1968. Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto. *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona: 191-269.
- 1989. Tartessos, en *Colonizaciones y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a. C.)*. *Historia de España, Gredos*, 2. Madrid: 31-78.
- J. M.ª Blázquez y J. Valiente. 1981. *Castulo III*. EAE, 117. Madrid.
- J. M.ª Blázquez y otros 1970. Las cerámicas del Cabezo de San Pedro. *Huelva Arqueológica*, I.
- J. M.ª Blázquez y otros 1971. La factoría púnica en Aljaraque, provincia de Huelva. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XIII-XIV: 304-331.
- J. M.ª Blázquez y otros 1979. *Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva)*. *Campaña de 1977*. EAE, 102. Madrid.
- J. E. Bonsor 1899. Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Betis. *Révue Archéologique*, XXV, París.
- J. Cabré y F. de Motos 1920. La necrópolis ibérica de Tútugi. (Galera, provincia de Granada). *Memorias J.S.E.A.*, n.º 25. Madrid.
- J. M. Campos 1987. El origen de Sevilla. El corte SI-85-6. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985. II. *Actividades Sistemáticas*. Sevilla: 173-178.
- J. M. Campos y otros 1988. *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico de San Isidoro*, 85-6. *Monografías de Arqueología Andaluza*, 1. Sevilla.
- A. Caro y otros 1986. Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba, de Lebrija (Sevilla). *Campaña de 1986*. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986 (en prensa).
- J. Caro Baroja 1968. Sobre el estudio económico de la España Antigua. *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona: 11-17.
- 1976. *Los pueblos de España*. Vol. I, Madrid.
- J. Carrasco Rus y otros 1987. *La espada del «Cerro de la Mora» y su contexto arqueológico*. Moraleda de Zafayona. Granada.
- J. de M. Carriazo 1973. *Tartessos y El Carambolo*. Madrid.
- 1978. *El Carambolo*. Sevilla.
- J. de M. Carriazo y K. Raddatz 1960. Primicias de un corte estratigráfico en Carmona. *Archivo Hispalense*, 101-104.
- F. Collantes de Terán 1977. *Contribución al estudio de la topografía sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*. Sevilla.
- A. Coffyn 1983. La fin de l'Age du Bronze dans le centre-Portugal. *O Arqueólogo Português*. Serie IV, 1: 169-196.
- 1985. *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. París.
- R. Corzo 1977. *Osuna de Pompeyo a César. Excavaciones en la muralla republicana*. Sevilla.
- 1983. *Catálogo de la exposición Bellas Artes-83*. Cádiz.
- 1984. *Arte Antiguo*, en *Cádiz y su provincia*. Vol. III. Sevilla: 137-171.
- E. Cuadrado 1969. Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico. V *S.I.P.P.: Tartessos*. Barcelona: 257-290.
- F. Chaves y M.ª L.ª de la Bandera 1981. La cerámica de «boquique» aparecida en el yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla). *Habis*, 12: 357-382.
- 1982. Estela decorada de Montemolín (Marchena, Sevilla). *Archivo Español de Arqueología*, 55: 137-147.
- 1984. Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla). *B.A.R. Intern. Ser.* 193. Oxford: 141-186.
- 1987. Excavaciones en el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla), 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985. II. *Actividades sistemáticas*. Sevilla: 369-375.
- G. Delibes y J. Fernández Manzano 1981. El castro protohistórico de «la Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *B.S.S.A.*, XLVII: 51-70.
- DESCRIPCION de las Cañadas Reales de León, Segovia, Soria y ramales de la Cuenca y del Valle de la Alcudia*. Madrid, Ed. El Museo Universal.
- M. C. Domínguez de la Concha y otros 1988. Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 119-186.
- A. von den Driesch 1973. Nahrungsreste tierischer Herkunft aus einer tartessischen und einer spätbronzezeitlichen bis iberischen Siedlung in Süds Spanien.

- Stüden über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 4. München: 9-31.
- J. L. Escacena 1979-80. Cerámica ibérica de Setefilla (Sevilla). *Pyrenae*, 15-16: 181-210.
- 1985. El «Monte Berrueco» de Medina Sidonia (Cádiz): un modelo de transición del Calcolítico al Bronce en Andalucía Occidental. *Gades*, 13: 69-102.
- 1987a. El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir. Iberos. *Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén, 1985. Jaén: 273-298.
- 1987b. *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la I Edad del Hierro*. Cádiz.
- 1989. Los Turdetanos o la recuperación de la identidad perdida. *Tartessos*. Sabadell.
- J. L. Escacena y G. de Frutos. 1985. Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 24: 7-90.
- J. L. Escacena y M. Lazarich (en prensa). A propósito del campaniforme del Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz) y del problema de su posición estratigráfica. *Anales Universidad de Cádiz*, V-VI.
- J. Esteban. 1984. Enterramientos en cistas del Bronce Final en el SO cacereño y paralelismos con el SO peninsular. *Norba*, V, 59-67.
- M. Esteve 1945. *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez)*. Campaña de 1942-43. *A.A.H.*, III. Madrid.
- 1950. *Excavaciones en Asta Regia, 1945-46*. *Inf. y Men.*, 22. Madrid.
- 1962. *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez)*. Campañas de 1949-50 y 1955-56. Jerez de la Frontera.
- 1969. Asta Regia: una ciudad tartésica. *V.S.I.P.P.: Tartessos*. Barcelona: 111-118.
- J. J. Fernández Caro 1987. Avance sobre la carta arqueológica de la comarca de Fuentes de Andalucía (Sevilla), 1985. *Anuario arqueológico de Andalucía, 1985. II. Actividades Sistemáticas*. Sevilla: 109-113.
- C. Fernández Chicharro 1950. El tesoro de la Cuesta del Rosario, de Sevilla. *Numario Hispánico I* (1-2): 63-70.
- J. Fernández Jurado 1985. Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica. *Huelva 79*. Huelva.
- 1986. Economía tartésica: minería y metalurgia. *Huelva en su Historia*, 1. Sevilla: 149-170.
- 1987a. El poblamiento ibérico en Huelva. *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Jaén, 1985. Jaén: 315-326.
- 1987b. El yacimiento de Tejada la Vieja (Escacena del Campo, Huelva). Campaña de 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985. II. Actividades Sistemáticas*. Sevilla: 338-344.
- J. Fernández Jurado y C. García Sanz. 1989. Arquitectura y urbanismo tartésico. *Huelva 79*, n.º 8: 36-39.
- J. Fernández Jurado y D. Ruiz Mata. 1985. La metalúrgica de la plata en época tartésica en Huelva. *Pyrenae*, 21, 23-24.
- M. Fernández-Miranda 1986. Huelva, ciudad de los tartesios. *Los Fenicios en España, II*. Barcelona: 227-261.
- M. Fernández-Miranda y M. Belén. 1976. Huelva y el Valle del Guadalquivir en el I Milenio a.C. *VIII SIPP: Prehistoria y Protohistoria del Guadalquivir*. Córdoba, septiembre de 1976 (en prensa).
- M. Fernández-Miranda y M. Ruiz Gálvez 1986. El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural. *Oskitania*, 1: 65-80.
- M.ª D. Fernández-Posse 1982. Consideraciones sobre la técnica de Boquique. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159.
- 1986. La Cultura de Cogotas I. *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla: 475-487.
- J. Fortea y J. Bernier 1970. *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética*. Salamanca.
- A. García y Bellido 1952. Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y sobre su expansión peninsular. *Archivo Español de Arqueología*, XXV: 39-45.
- L. García Iglesias 1971. La Beturia. Un problema geográfico de la Hispania Antigua. *Archivo Español de Arqueología*, 44: 86 y ss.
- J. M.ª García Rincón 1989. *Hallazgos arqueológicos en la Peña de Arias Montaña*. Catálogo exposición. Huelva.
- J. P. Garrido Roiz y E. M.ª Orta 1978. *Excavaciones en la Necrópolis de «La Joya», Huelva*. EAE, 96. Madrid.
- V. S. Gonçalves. 1972. Uma nova necrópole da Idade do Bronze: A Gruta da Marmota. *O Archeólogo Português*, Serie III, vol. VI, 213-219.
- E. C. González Wagner 1983a. *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica: ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*. Madrid. *Tesis doctorales UC*. 30/83.
- 1983b. Aproximación al proceso histórico de Tartessos. *Archivo Español de Arqueología*, 56: 3 ss.
- D. B. Harden 1937. The pottery from the precinct of Tanit at Salambo, Cartaghe. *Iraq*, IV, 1: 59-89.
- M. Harris 1982. *Introducción a la Antropología General*. Madrid.
- R. J. Harrison y G. Moreno 1985. El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios. *Trabajos de Prehistoria*, 42: 51-82.
- A. Jiménez 1989. *La Puerta de Sevilla en Carmona*. Málaga.
- T. Judice Gamito 1988. *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B.C. The Case of Tartessos*. BAR International Serie, 439. Oxford.
- Ph. Kalb y M. Höck 1979. Ausgrabungen in der Grabhügelnekropole Fonte da Malga (Viseu, Portugal). *Madrider Mitteilungen*, 20: 43-55.
- P. J. Lacort 1985. Cereales en Hispania Ulterior: Silos de época ibero-romana en la Campiña de Córdoba. *Habis*, 16: 363-386.

- M. Lazarich 1985. Una sepultura de incineración del periodo orientalizante tartésico en la Mesa de Algar (Vejer de la Frontera, Cádiz). *Gades*, 13: 103-119.
- J. Lepiksaar 1973. Fischreste aus einer tartessischen Siedlung in Huelva. *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 4. München: 32-34.
- P. A. Lillo 1981. *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia.
- A. Limón 1982. *La artesanía rural. Reflexiones sobre el cambio cultural*. Madrid: 51.
- P. López 1986. Estudio palinológico del Holoceno español a través del análisis de yacimientos arqueológicos. *Trabajos de Prehistoria*, 43: 1143-1158.
- L. A. López Palomo 1979. *La cultura ibérica del Valle Medio del Genil*. Córdoba.
- 1981. Alhonor (Excavaciones de 1973 a 1978). *Noticario Arqueológico Hispánico*, 11: 33-188.
- 1982. El poblado de Alhonor (Herrera, Sevilla). *Homenaje a Conchita Fernández-Chicharro*. Madrid: 156-169.
- 1983. De la Edad del Bronce al Mundo Ibérico en la campiña del Genil. *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía: Prehistoria y Arqueología*. Córdoba: 67-134.
- J. M.^a Luzón 1973. *Excavaciones en Itálica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo*. EAE, 78. Madrid.
- J. M.^a Luzón y D. Ruiz Mata 1973. *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*. Córdoba.
- J. Maluquer 1968. Panorama económico de la Edad del Hierro. *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Barcelona: 61-79.
- G. Marques y M. Andrade 1973/74. Aspectos da proto-historia do territorio português I. Definição e distribuição geográfica da cultura de Alpiarça (Idade do Ferro). *Actas III Congreso Nacional Arqueología*. Porto: 125-148.
- J. C. Martín de la Cruz 1976. El corte F del Cerro Macareno. La Rinconada (Sevilla). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, UAM*, 3, 9-31.
- 1987a. El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba. *EAE*, 151. Madrid.
- 1987b. La campaña de 1985 en el Llanete de los Moros. Palomarejo (Montoro, Córdoba). *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1985. II. Actividades sistemáticas*. Sevilla: 313-318.
- J. C. Martín de la Cruz y A. Montes Zugadi 1986. Avance del estudio sobre el Horizonte Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir. *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla: 488-496.
- R. Martín Roldán 1959. Estudio anatómico de los restos óseos procedentes de las excavaciones arqueológicas en el Cerro «El Carambolo» (Sevilla). *Anales Universidad Hispalense*, XIX: 11-47.
- F. Molina 1978. Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el sudeste de la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria de Granada*, 3: 159-232.
- F. Molina Fajardo y otros (s.a.) *Almuñécar en la Antigüedad. La Necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy*. Granada.
- A. Muñoz Vicente y otros 1988. Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la Bahía de Cádiz. *Actas Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar, I*. Madrid: 487-508.
- D. Oliva y R. Chasco 1976. Una estela decorada con escudo de escotadura en «U» en la provincia de Sevilla. *Trabajos de Prehistoria*, 33: 387-397.
- R. Olmos 1988. El casco griego de Huelva, en *Clásicos de la Arqueología de Huelva*, 1: 37-78.
- M. Pastor Muñoz 1983. Algunas observaciones sobre la estructura económica de la Andalucía prerromana. *Actas I Congreso de Historia de Andalucía. Prehistoria y Arqueología*. Córdoba: 161-173.
- H. W. Pearson 1976. El debate secular sobre el primitivismo económico, en Polanyi, K., y otros: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: 54-59.
- M. Pellicer 1962. Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada). *EAE*, 17. Madrid.
- 1969. Las primeras cerámicas a torno pintadas andaluzas y sus problemas. *V SIPP: Tartessos*. Barcelona: 219-310.
- 1976-78. Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía occidental. *Ampurias*: 38-40, 3-22.
- 1983. El yacimiento protohistórico de Quebrantahuesos (Riotinto, Huelva). *Noticario Arqueológico Hispánico*, 15: 59-91.
- 1986. El Cobre y el Bronce Pleno en Andalucía Occidental. *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla: 245-250.
- M. Pellicer y F. Amores 1985. Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA 80/A y CA 80/B. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 22: 55-189.
- M. Pellicer y V. Hurtado 1980. *El poblado metalúrgico de Chinflón. (Zalamea la Real, Huelva)*. Sevilla.
- M. Pellicer y otros 1983. *El Cerro Macareno*. EAE, 124. Madrid.
- J. A. Pérez Macías 1983. Introducción al Bronce Final en el Noroeste de la provincia de Huelva. *Habis*, 14: 207-237.
- C. V. Pinto y R. Parreira 1977-78. Contribuição para o estudo do Bronce Final e do Ferro Inicial a Norte do estuário do Tejo. *Actas das III Jornadas Arqueológicas*, III. Lisboa: 147-163.
- M. Ponsich 1983. Transhumance et similitudes ibero-mauretaniennes. *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch*, II. Madrid: 119-129.
- F. Presedo y otros 1982. Carteia I. *EAE*, 120. Madrid.
- J. M. Rodríguez Hidalgo 1983. Nueva estela decorada en Burguillos (Sevilla). *Archivo Español de Arqueología*, 56: 229-234.

- I. Rodríguez Termiño y E. Núñez 1985. La tercera estela del Bronce Final hallada en Eciija. *Habis*, 16: 481-485.
- M. M.^a Ruiz Delgado 1988. Un nuevo depósito de armas del Bronce Final en el río Guadalquivir. *Trabajos de Prehistoria*, 45: 273-279.
- M.^a L.^a Ruiz-Gálvez 1982. Nueva espada dragada en el río Ulla. Armas arrojadas a las aguas. *Homenaje a Alfredo García Alén*, Pontevedra: 3-18.
- 1984a. *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Madrid.
- (1984b). Reflexiones terminológicas en torno a la Edad del Bronce Peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 41: 323-342.
- 1987. Bronce atlántico y «cultura» del Bronce atlántico en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.
- D. Ruiz Mata 1986a. Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). *Aula Orientalis*, III: 241-263.
- 1986b. Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Occidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), San Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla). *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla: 537-556.
- 1987. La formación de la cultura turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca. *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Jaén, 1985. Jaén: 299-314.
- 1988. El castillo de Doña Blanca; yacimiento clave en la protohistoria peninsular. *Revista de Arqueología*, n.º 85: 40-48.
- 1989. La colonización fenicia. *Historia de España Gredos*, 2. Madrid: 79-108.
- D. Ruiz Mata y J. Fernández Jurado 1986. El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva). *Huelva Arqueológica*, VIII.
- D. Ruiz Mata y C. J. Pérez 1988. Necrópolis tumular de Las Cumbres: El túmulo I. Puerto de Santa María, Cádiz. *Revista de Arqueología*, n.º 87: 36-47.
- D. Ruiz Matas y otros. 1981. Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978. *Huelva Arqueológica*: V, 149-316.
- A. Ruiz y otros. 1987. El poblamiento ibérico en el Alto Guadalquivir. *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Jaén, 1985: 239-256.
- S. de los Santos 1955. *Memoria de las excavaciones del Plan Nacional realizadas en Córdoba (1948-50)*. Madrid.
- H. N. Savory 1951. A Idade do Bronce Atlântico no Sudoeste da Europa. *Revista de Guimarães*, 61 (3-4): 323-377.
- H. Schubart 1971. Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 28: 153-182.
- H. Schubart y O. Arteaga 1986. El mundo de las colonias fenicias occidentales. *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla: 499-525.
- H. Schubart y H. C. Niemeyer 1976. *Trayamar. Los hipogeos fenicio y el asentamiento en la desembocadura del río Algarrobo*. EAE, 90. Madrid.
- W. Schüle 1986. Faunas del Bronce y del Hierro en Orce y Galera (Granada). *Papeles Laboratorio Arqueología Valencia*, 5: 5-7.
- M.^a R. Serna y otros. 1984. Nuevos datos para una definición del Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir. *BAR International Series*, 229: 1.051-1.073.
- K. Spindler, y otros. 1973-74. Le monument à coupole de l'âge du bronze final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz). *Comunicações dos Serviços geológicos de Portugal*: 91-164.
- M. Tarradell 1969. Economía de la colonización fenicia. *Estudios de Economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona: 81-97.
- A. Tejera 1969. El Bronce Final del Bajo Guadalquivir y su problemática. *Huelva Arqueológica*, IV, 181-196.
- 1985. Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 26: 88-116.
- P. J. Ucko 1969. Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains. *World Archaeology*, 1.2: 262-280.
- J. Untermann 1985. Lenguas y unidades políticas del Suroeste hispánico en época prerromana. *De Tartessos a Cervantes*: 1-40.
- J. J. Ventura 1985. La cerámica campaniense de la «Cuesta del Rosario» (Sevilla). *Archivo Español de Arqueología*, 58: 41-62.
- M. Vera 1987. Aportación al conocimiento de la Sevilla antigua. Revisión de la excavación de Cuesta del Rosario. *Archivo Hispalense*, LXX. 215-37-60.
- D. E. Woods y otros. 1967. *Carteia*. EAE, 58. Madrid.

